This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

Vet. Span. II B. 244

ENSAYOS POETICOS

ENSAYOS

POETICOS

POR

D. F. DE LA VERA É ISLA FERNANDEZ

ENCARGADO DE NEGOCIOS DE S. M.

PRECEDIDOS

DE UNA INTRODUCCION EN VERSO

POR D. JOSÉ ZORRILLA

PARIS

IMPRENTA DE PILLET FILS AINÉ

CALLE DE GRANDS-AUGUSTINS, 5.

1852

TAYLOR INS
UNIV
31 JUL 1967
OF OXFORD
LIBRARY

EPISTOLA

DIRIGIDA AL AUTOR DESDE BRUSELAS

POR SU AMIGO

D. JOSÉ ZORRILLA

PARA QUE SIRVIESE DE INTRODUCCION A ESTE TOMO DE POESIAS.

I

Al recorrer los versos que me envias,
Fernando, en el jardin de mi memoria
El árbol inmarchito del recuerdo
Entre dolor y júbilo retoña.
En vasto panorama á mis pupilas,
Aunque á par con dos lágrimas, se agolpan
Todos aquellos sueños de luz y oro
Que nuestra juventud enjendró loca.
Me parece que, vuelto á aquellos dias,
Vuelvo, Fernando, á las alegres horas
De aquella vida sin pesar ni afanes,
Como audaz é insaciable, vigorosa.

Entónces, al umbral de la existencia,
Agenos á sus duelos y zozobras,
Como florido Edén la contemplábamos,
Ricos de juventud, ánsios de gloria.
Entónces, en quiméricos fantasmas,
Que el desengaño desvanece ahora,
Creyendo aún, cantábamos la dicha,
Flor que jamás sobre la tierra brota.
Flor que solo produce el paraíso :
El hombre de ella solamente goza
El lejano perfume, la esperanza
Que el herial de su existencia aroma.
A la influencia del fecundo ambiente
Que embalsama su soplo, nuestras obras
Germinan, y despues tras de nosotros
Quedan, cual de los árboles las hojas
Sobre el haz de la tierra; á estas el viento
En átomos vivíficos las torna :
Aquellas, por el tiempo arrebatadas,
Tal vez dan frutos en la edad remota.
Ya sabes mi opinion : no me preguntes
Si puedes á tus versos dar la forma
De libro, y á luz pública lanzarlos;
Del árbol de tu vida son las hojas.

Y tras tí quedarán; átomos tuyos,
Ya del acibar de tu pena gotas,
Centellas de tu fé, de tu mal lágrimas,
Fuerza será que el tiempo los recoja:
Mas pronto, si los lanzas en un libro,
Mas tarde, si al azar los abandonas;
Porque todo en el tiempo se confunde
Mas nada en él se pierde ni se borra.
Lánzalos. ¿Para qué los has escrito?
¿Para aliviar no mas las melancólicas
Horas de tu dolor? siempre habrá un triste
Que su dolor para aliviar los coja.
¿Para arrojar de tí los pensamientos
Que en la mente fecunda te rebosan?
Siempre ha de haber alguno á quien le falten,
Que no andan en el siglo tan de sobra.
Lánzalos: y aunque sea solamente
Porque las aguas de tu FUENTE corran,
Hazlos correr, que en sus corrientes linfas
Ha de aplacar su sed mas de una boca.
¡Con qué placer la mia he aplicado
Al raudal cristalino de sus ondas!
Otros habrá que como yo las beban,
Porque son, ¡á fé mia! muy sabrosas.

¿Temes tal vez la crítica? tus versos
Sin pretension sus iras no provocan
Son de tu triste corazon suspiros,
Ella carece de él y se hará sorda.
Lanza tus versos á la luz, Fernando:
Hoy, que la triste enfermedad te agobia,
Los dolores del cuerpo miserable
Con el vigor del ánimo sofoca.
Lanza tus versos á la luz, Fernando;
En la region de América te nombran
Con placer todavía: sus periódicos
Aun hoy tu cantos juveniles copian.
Tu nombre un tiempo se escribió entre nombres
En nuestra patria célebres ahora,
Y aun hay quien halle con placer el tuyo
Como un amigo de la infancia. Torna
Pues, á las letras que olvidaste un dia
Por la estéril política enojosa:
Vuelve á la poesía, de las penas
De esta vida mortal consoladora.
Aprovecha tus viajes y esperiencia:
Y pues tu nave á tan diversas costas
Impelió la fortuna, al són del harpa
Tus recuerdos poéticos evoca.

Haz como yo, que vivo sin pesares
En el risueño Edén de mis memorias,
Y mi mal y mis duelos poetizo
Y todo por do quier se me transforma
En bienandanza y en placer, y el cuerpo
Flaco cuyo vigor el tiempo agota,
Yace á sus pies esclavo del espíritu,
Y el alma reina en él libre, despótica;
Y de todo me sirvo, y me aprovecho
De cuanto hallo, y mi sér con todo goza,
Y es para mí la tierra un regio alcázar,
El cielo un pabellon, y el sol su antorcha.
Así à mi cuerpo, como el tuyo frágil,
Avasallo y la vida no me enoja,
Pues todo en ella á mi deleite sirve
Del alto alcázar á la humilde choza.
¿Quieres saber lo que en la Flándes hago?
Lo que ha tres años por do quier: mi obra
Avanzar de Granada. A emprender iba
La relacion sombria y desastrosa
De la postrer catástrofe, que el genio
Del Islam para siempre hundió en la sombra
Del vencimiento, y me era necesario
Buscar mi inspiracion bajo una atmósfera

Lúgubre, fria, inerte, bajo un cielo
Cuya plomiza y aplanada bóveda
Me arrancara un suspiro como el último
Que exhaló Boabdil por su corona.
En esta Flandes, española un dia,
Hallé lo que buscaba; silenciosa
Tranquilidad, prosaica existencia
Que escite las poéticas memorias
De la oriental España; y aquí marcha
Mi árabe caravela viento en popa:
Pueblo aquí mi fantástico universo
De miles de quimeras incorpóreas,
Que me acompañarán mientras que viva
Tornando en poesía la vil prosa
De esta vida de goces materiales,
De cálculo y de niebla que sofoca
La fé, la inspiracion, la poesía,
Los instintos del alma generosa,
Que la mansion mortal no considera,
Cual esta gente ruin, como una lonja.
Hago en fin lo que todos: fumo y bebo
En el flamenco cabaret: mas brota
De mí la poesía á pesar mio
Y voy al cabaret como iba Hoffman.

II

¿Visitaste la Flandes algun dia,
Fernando? cobijaste la cabeza
Bajo la ahumada bóveda sombria
De un cabaret flamenco?... en esa pieza
Cuya atmósfera espesan á porfía
El vapor del tabaco y la cerveza,
El olor de las cubas y el aliento
De la gente que llena el aposento?

Pues bien, es un lugar en donde el ruido
Que la apiñada multitud escita,
El calor del ambiente enardecido,
Que los quinqués opacos debilita,
Y la inquietud con que entre aquel tupido
Velo de humo el público se agita,
La fiebre en los cerebros introduce
Y el maréo del vértigo produce.

Mas en estas nocturnas reuniones
En donde sin tumulto ni entusiasmo
Se fraguaron tal vez conspiraciones,
Donde á través de este aire de marasmo
Esterior han surgido creaciones,
Que el mundo intelectual miró con pasmo,
Hay, Fernando, a fé mia una secreta
Profunda inspiracion para el poeta.

En aquellas flemáticas figuras
Que se envian en calma gravemente
El humo unas á otras, las pinturas
De Teniers reconoces : de esa gente
En el habla, ademanes y posturas
Un no sé qué de vago, indiferente,
Hay, que sus personages asemeja
A los de una fantástica conseja.

No aquí como en las fiestas tumultuosas
De la gente oriental de nuestra tierra
Se mezcla todo el mundo, estrepitosas
Disputas se arman y se toca á guerra ;

Con su par cada cual trata sus cosas
Aquí: en sí mismo cada cual se encierra,
Y solo con su pipa y con su vaso
De los que en torno tiene no hace caso.

Quién, al amigo que le escucha atento,
Cuenta las amarguras de su alma
Con ademan apático y acento
Sordo, apretando en la callosa palma
El horno de la pipa; quién, contento,
Libre de penas, con la misma calma
Del *faró* sorbe el espumoso zumo
Enviando al techo bocanadas de humo.

Quién, que, bajo la frígida corteza
De su apatía nacional, ardiente
Encierra un corazon que la fiereza
De un imposible amor sufre valiente,
Le pretende anegar en la cerveza
Con aire al parecer indiferente,
Y röe su pasion qué no disipa
El hirviente licor ni la honda pipa.

El empírico atéo, el atrevido
Conspirador que aguarda al emisario
Del estrangero club, el distraido
Filósofo aleman, el visionario
Romántico poeta, el aburrido
Comunista sin renta ni salario,
Como si un mismo sér les diera un alma
Beben y fuman con la misma calma.

Yo, que sin ser filósofo profundo
Ni observador fanático, poseo
El don de curiosear, y por el mundo
Como simple curioso me paseo,
Y mis castillos en el aire fundo
Con lo que atento escucho y mudo veo,
Asisto al cabaret, porque allí dentro
A mi curiosidad pábulo encuentro.

Del pueblo en donde estoy los caracteres
Aquí se me revelan verdaderos,
Del pueblo en que las penas y placeres
En realidad existen. Los obreros

Vienen aquí al salir de sus talleres,
Los ricos fabricantes, los renteros,
Los que compran, en fin, dinero en mano
El sudor y el talento de su hermano.

El mundo que con fé la verdad trata
Porque le vale ó cuesta su dinero
Salud ú honor; el que al placer con grata
Satisfaccion se entrega, y verdadero
Llanto vierte en el duelo que le mata:
El que, á ambicion política estrangero,
Por sus negocios é interés calcula,
Mas con el bien ageno no especula.

Lejos de embaucadores agiotistas
Que colman las doradas sociedades
Y espléndidos cafés: de los bolsistas
Que vácian con vacías novedades
Las bolsas de los tontos, de estadistas,
Que ciegos del Estado á las verdades,
Con sus combinaciones y doctrinas
Los reinos cubren de miseria y ruinas.

Ese mundo es el mismo en todas partes:
Es la historia del frac y la corbata:
La *soirée* el lúnes, el *raout* el mártes,
Beneficencia pública, inmediata
Proteccion á las letras y á las artes,
Lujo, comodidad, vida barata
Para todos, progreso, ciencia, luces...
¡Arranque de caballos andaluces!

Despues de estos principios retumbantes,
De bailes y esplendentes regocijos,
En que se han prodigado los brillantes,
Cortesanos saludos y prolijos
Codazos, queda todo como antes:
Ni tiene el pobre pan para sus hijos,
Ni, á pesar de la gran benificencia,
Sale el pueblo infeliz de la indigencia.

No busca en ese mundo barnizado
Su inspiracion la noble poesía;
Allí está el hombre asaz desfigurado
De como le hizo el Criador un dia.

Siempre un abismo entre ellas han hallado
La verdad y la falsia teoria :
Siempre, dice el refran, hay largo trecho
De todo lo que hay dicho á lo que hay hecho:

Yo prefiero otro mundo mas cercano
De la madre comun Naturaleza;
Arrojar por el traje mas galano
No puede el hombre su mortal corteza :
Lucha la dama por doblar en vano
Con diamantes y blondas su belleza :
Su rico velo de flotantes rizos
Da realce mayor á sus hechizos.

Yo busco los tocados y los trajes
Poéticos que pueblan las campiñas,
Lo mismo en las Américas salvajes
Que de Champagne entre las cultas viñas;
Desde las blancas tocas sin encajes
De la pastora Suiza y las basquiñas
Plegadas de Aragon, hasta el pañuelo
Con que ciñe la negra el rizo pelo.

Otros, ansiando renovar el mundo,
En Academias mil oigan lecciones:
Yo mi saber y mi delicia fundo
En oir las sencillas relaciones,
Con que los pueblos, sin saber profundo,
Saben contar su historia y tradiciones:
Mejor juzga la gente de estas tierras
Que la historia mejor de nuestras guerras.

Por eso paso las nocturnas horas
En el flamenco cabaret, del humo
Entre las ondas pardas ó incoloras
Visiones viendo que crear presumo,
O haciéndome narrar encantadoras
Populares leyendas mientras fumo,
O relatando yo las mil que encierra
El oriental rincon de nuestra tierra.

En aquel aposento separado
Que se ofrece al curioso forastero,
O á la pareja á quien amor vedado
Está por un zeloso cancerbero,

En aquel aposento decorado
Con lujo no, mas sí con limpio esmero
Es, o Fernando, donde yo me instalo,
Y al estilo flamenco me regalo.

Aquí es donde al amor de un manso fuego
El grato aroma del café respiro :
Aquí en las ondas del olvido anego
Mis pesares, al par que el humo aspiro
En turca pipa del tabaco griego :
Y cual Hoffman fantástico me inspiro,
Y evoco las poéticas visiones
Hijas de nuestras cálidas regiones.

Pero de mis delirios no hagas caso
¡O Fernando ! ya no hay llama que encienda
Nuestra apagada juventud : escaso
De fuerza ya, es inútil que pretenda
Henchir la pipa ni apurar el vaso ;
Lo que te cuento es solo una leyenda,
Mas que te prueba que la vida mia
Hechiza por do quier la poesía.

Invócala tú pues, y tus dolores
Conjura con la cítara, y tus males
Auyenta con tus cánticos : de flores
Ciñe otra vez tu sien, los arenales
Deja de la política y mejores
Horas tendrás : y en goces ideales
Tu celestial espíritu embebido
De tu cuerpo el dolor dará al olvido.

Remitirte un buen prólogo quisiera
Para tu libro : mas mi pluma ahora
Alguna sura del Corán te diera
Tal vez, pues Boabdil la ha vuelto mora;
Mas en este papel mi fé sincera
Te muestra bien lo que tu fé no ignora:
Que te amó en la niñez, que aún te ama
Y AMIGO aún mi corazon te llama.

J. ZORRILLA.

Bruselas, febrero, 1852.

ENSAYOS POETICOS

Adversis perfugium ac solatium prœbent.

TAYLOR INST
OXFORD

A D. BARTOLOME MURIEL

DEDICANDOLE

ESTE TOMO DE POESIAS

SONETO

Estas flores, Muriel, que en el sosiego
De mis horas de paz fui cultivando,
A que dió el corazon perfume blando,
Y el llanto de mis ojos dulce riego.

Te ofrece mi amistad : herido, y ciego
Hoy que entre abrojos, y entre sombras ando,
Y en mi pecho infeliz se está apagando
De la sagrada inspiracion el fuego,

Quiero en mis versos recordar la historia
De aquel tiempo dichoso, en que atrevida
Cantó mi juventud amor, y gloria.

Y como el bien que fué nunca se olvida,
He enlazado tu nombre á la memoria
De las horas felices de mi vida.

EL GENIO.

Cuando el pincel de Apeles
Bañaba el lienzo en mágicos colores,
¿Qué mano poderosa
Robó para animar la tinta hermosa
Su matiz á las flores
Su luz al sol, y al cielo sus albores?
¿Qué nuevo Prométeo,

Ansioso de ceñir nuevos laureles,
De Fidias al deseo,
El mármol animó con sus cinceles?

¿Quién inspiró tus lúgubres cantares,
Melancólico Osian, cuando sentado
Sobre el agudo risco,
Inclinada hácia el mar tu altiva frente,
Mirabas sepultarse en occidente
Del moribundo sól el ancho disco?

Tu embriagado entónces el aliento
De la lejana tempestad ansiabas,
Y anhelante y sediento
El vapor de las nubes respirabas;
Henchido el corazon, la frente enhiesta,
Tu voz desentonada
Mezclaba sus selváticos acentos
A la ruidosa orquesta
Que alzaban los discordes elementos.

¿Quién inspiraba entónces tus canciones
Y quién tan altos sones
Arrancaba á las cuerdas de tu lira?

Era ese fuego ardiente, que respira
El alma del poeta,
Y aureola brillante de su sien
Al revolverse inquieta
Alumbra lo pasado, y lo presente,
Y el porvenir tambien.
Iris de paz, antorcha de la guerra,
Ya se alza hasta las nubes á mecerse
En el sereno cielo,
O ya rasgando el suelo
Penetra en las entrañas de la tierra.
En ese foco universal hirviente
Cada siglo al pasar funde su idea,
Nada hay grande ó pequeño, que lo sea
A la luz de esa llama refulgente.

Así cuando acontece
Que el huracán al mundo mueve guerra,
Y su soplo los cielos oscurece
Amagando sorber mares, y tierra,
Su ardiente resoplido troncha el haya,
Y en humeante nube
Polvo y espuma en la revuelta playa
Hasta los cielos sube.

Si el rayo corta la aplomada esfera,
Y de los cielos la encendida gasa
Arrolla en su volar, y hiende, abrasa
Al inflamar el pálido horizonte
Bajo sus alas rojas
La blanca alfombra del nevado monte,
Del valle umbroso la guirnalda de hojas.
¿Quién podrá detenerle en su carrera?
Su ardiente cabellera
En el espeso bosque se derrama,
Y envuelve entre los cercos de su llama
La humilde flor, y la palmera altiva,
Y juntas las derriba,
Y juntas en torcido remolino
Las tenues amapolas
Giran y humean con el tosco pino
Del bramador torrente entre las olas.

Tal es del entusiasmo el poderio,
Tal la fuerza del genio en su ardimiento,
Que mil mundos y mil á su albedrio
Recorrerá sediento,
Y en ellos grabará su pensamiento...
Sin rumbo ni camino,

Buscando fuerza en su entusiasmo ardiente,
Del genio la osadía
Irá á cruzar las nubes del destino
En alas de su misma fantasía.

¡Oh! ¿Quién su vuelo seguirá en la esfera?
¿Quién medirá su arrojo?
Seguid mas bien la intrépida carrera
Del corcel desbocado,
Cuando el cuello enarcado,
La frente hinchada, y encendido el ojo,
En arco tiende el poderoso brazo,
Y corta al revolver la ancha melena
En mal sujeto lazo
Olas y olas de arena,
Que alza el suelo humeante
Al herirle su casco resonante.
Al águila seguid, cuando se mece
En las dormidas nubes, y su vuelo
Corta el tendido cielo,
Y en los rayos del sol desaparece.
Seguid al huracán de breña en breña,
O de sonora tempestad crujiendo
El carro que en los cielos se despeña.

Mas no sigais el alma del artista
En esos mares de ilusion; ¿quién sabe
Si, rota ya su nave,
Al aportar á playas ignoradas
Nueva region se ofrecerá á su vista,
Do mas puro su azul ostente el cielo,
Y brille sobre el suelo
Mas bello de la flor el matiz gayo,
Sintiendo reflejar sobre su frente,
Mas puro, y mas ardiente,
Sol de la humanidad, tu augusto rayo?

¿Y qué nuevo gigante
A ese mundo fantástico y brillante
Nuevas columnas dar osó en su mente?
Solo la omnipotente
Del supremo hacedor augusta mano
Límites señalar podrá á ese imperio.
Para el débil humano
Su principio y su fin son un misterio.

Tal ronca catarata
Que en los lejanos horizontes zumba
Sordamente se agita,

Y envuelto en chispas de luciente plata
Por las quebradas peñas se derrumba,
Y el curso de su marcha precipita
El magestuoso Nilo.
Levanta hasta los cielos su cabeza;
No barrera, ni asilo,
Cuando su seno combatido ruje,
Será contra su saña
De la fragosa sierra la aspereza,
Que al golpe hendida de su recio empuje
La soberbía montaña
Sobre sus mismos fundamentos cruje.
Ni cuando ya tendida
Su anchurosa corriente en la pradera
Derrama el germen de abundante vida
Límite señalado á su ribera
Pudo el hombre fijar; que don del cielo
A la tierra abrasada
Tan solo de pasada
Su curso viene á fecundar el suelo.

Del cielo baja en abundante lluvia
Su rápida creciente,
E ignorada del hombre su corriente,

Nace, y rota en pedazos
Tendiendo hácia la mar los anchos brazos
Va á perderse en su seno al occidente.

Los bienes que dejó goza el humano
En la feraz campiña,
Y brotan á su influjo soberano
La rubía mies, y la frondosa viña.
Mas ¿dó su cuna esta? ¿dónde su tumba?
Son sagrados lugares,
En que nunca imprimir pudo su huella;
Corriendo desde el cielo hasta los mares
Nace en la inmensidad, y muere en ella.

EL ANOCHECER.

I

El sol hácia el Occidente
Con lento paso camina,
Su curso á la mar inclina,
Y la fatigada frente
Sobre las ondas reclina.

Tibia su luz se derrama
Por el lejano horizonte,
Y al reflejo de su llama
La erguida cresta del monte
Subitamente se inflama,

Dura el fulgor un momento
Bañando la cima en gualda,
Despues por la opuesta falda
Va sepultándose lento
Entre la verde esmeralda.

Suena al lejos por el cerro
Del pastor el ronco grito,
El triste ahullido del perro,
Y del trepador cabrito
El monótono cencerro.

Y al compasado rumor
De los remos sobre el mar,
El indolente cantar
Del cansado pescador
Que da la vuelta á su hogar.

Entre los arbustos secos
La voz se aleja, y mas vaga
La van trayendo los ecos,
Hasta que por fin se apaga
De la montaña en los huecos.

Al són del aura murmura
Entre los sauces el rio,
Y del oscuro sombrio
Blanquea por la espesura
El lejano caserio.

Dó en torno de henchida jarra
Bailan á compas veloz
Bajo la frondosa parra,
Acompañando á la voz
Los sones de una guitarra.

Huye al fin la luz del cielo,
Del bosque en la verde alfombra
El ave esconde su vuelo,
Y desatada del suelo
Se alza gigante la sombra.

Con estrellas reverbera
El cielo del sud al norte,
Y entra la luna en la esfera
Como reina, á quien espera
Puesta de gala su corte.

Su marcha emprende, y callada
Por el ancho cielo sube,
Tal vez la frente inclinada
De alguna flotante nube
En la purpurina almohada.

Blanca como la inocencia,
Y triste como el dolor,
¿Quién tiene en su pecho amor
Y no siente la influencia
De ese suave resplandor?

Brilla en la seca espadaña,
Que da pajiza techumbre
A la escondida cabaña,
Y en los remates de caña
Va salpicando su lumbre.

Quebrarse en limpios espejos
La miro con placer vago,
Vibrar un punto, y mas lejos
Caer tibios sus reflejos
Sobre el adormido lago.

Y no el maternal cariño
En su mirada amorosa
Baña con luz mas hermosa
La dormida faz del niño,
Que entre sus brazos reposa.

Llora la fuente cautiva,
Gime la amante paloma,
La flor su cáliz asoma,
Que el aura besa lasciva.
Todo es tristeza, y aroma.

II

Muere silencioso el dia,
Y la memoria avarienta
Con dulce melancolía
Su oculto tesoro cuenta
De penas y de alegría

Calla entónces el estruendo
Que hace el mundanal bullicio
Junto al hondo precipicio,
Dó á todos nos va impeliendo
La indiferencia, ó el vicio.

Y á tu luz, callada luna,
Van con solitaria calma
De nuestra varia fortuna
Reflejándose en el alma
Las memorias una á una.

Los recuerdos de la infancia,
De la juventud florida,
La generosa arrogancia
Aquí embalsaman la vida
Con suavísima fragancia.

Y cual niño, que deshoja
Fresca flor junto á una fuente,
Va con infantil congoja
Siguiendo el curso de una hoja,
Que sumerge la corriente.

Así la sombra ilusoria
De una dicha ya acabada
Sigue el alma en la memoria,
Dó huyendo van de pasada
Amor, amistad, y gloria.

Ilusiones de mi vida,
No os pido yo que volvais;
Tened un punto la huida,
Que el anima dolorida
Siga el vuelo que llevais.

¡Ay! que vaporosas, sueltas
Cruzais vosotras el viento,
Y yo os sigo sin aliento
Tropezando en las revueltas
De mi mismo pensamiento.

REFLEXIONES DE UN CENTINELA

LA VISPERA

DEL PRIMER COMBATE

El sol iba á morir : su lumbre pura
Doraba los lejanos horizontes,
Y vibrando, en las crestas de los montes
Rasgaba su luciente vestidura.

Restos de la tormenta aun exhalaba
El suelo su frescura deleitosa,
Y en los cielos el arco desplegaba
Rico matiz de purpura, y de rosa.

Sobre su tallo lánguidas las flores
En las alas del cefiro dormian,
Pintadas aves gorgeando amores
En sus humedos calices bebian.

Dormia el viento, en las serenas olas
Apagada la voz, y las espumas,
Ni formaba al doblar las amapolas
Ondas iguales de pintadas plumas.

Entre los verdes árboles serpea
El arroyo fugaz buscando calle,
Y á los rayos del sol allá en el valle
Un campamento militar blanquea.

Sobre un cerro, que al lejos avanzado
A la florida selva el paso cierra,
Con todo el aparato de la guerra
Centinela sagaz vela un soldado.

Ya marcha altivo en ademan guerrero,
Ya se detiene al empuñar su lanza,
Y alarde haciendo de marcial pujanza
Al aire blande el matador acero.

Contra los duros árboles lo esgrime,
El eco al golpe con dolor suspira,
En los cristales de la fuente gime,
Y entre sus olas murmurando espira.

Alzó por fin el rostro pensativo,
Y siguiendo su vista tristemente
Al sol, que se ocultaba en occidente,
Así exclamó con ademan altivo.

¡Ay de mañana! cuando el nuevo dia
Tibio refleje en los tendidos mares,
Y entonen sus dulcísimos cantares
Bellas, y amantes en la patria mia,

Cuando del tronco á la naciente sombra,
Del aire respirando la frescura,
En torno danzen de la fuente pura
Hollando leves su florida alfombra,

¡Cuanto gemido de dolor, y espanto,
A esos ecos de amor responderá!
¡De cuanta madre el afligido llanto
Las risas del placer apagará!

Y tú, naturaleza misteriosa,
Que hora duermes tan dulce y apacible,
¿Cómo estarás mañana, cuando horrible
La guerra estalle en tu mansion hermosa?

Esa selva, que en plácida frescura
Dosel ofrece de floridas ramas,
Será un lago de fuego, cuyas llamas
Trocarán en cenizas su hermosura.

¡Ay! del incendio al trémulo reflejo
Quó escenas de terror vacilaran!
¡De cuán funebre pompa ante ese espejo
La muerte y el dolor se adornaran!

¡La muerte! idea de horror, ¿Y la esperanza
Que en este ardiente corazon se agita?
¿Y mi noble ambicion caerá marchita
Al rudo golpe de enemiga lanza?

Y ya no mas amor, no mas pasiones;
El porvenir me cerrará sus puertas,
Ni blandas al pasar las ilusiones
Daran calor á mis cenizas yertas.

¡Morir! y en vano mi proster mirada
Otra mirada pedira de amor,
Al apagarse triste, y angustiada
Por la expresion sublime del dolor;

En vano al dilatarse por el cielo,
En el confin del pálido horizonte
Fingir querrá de su nativo suelo
La verde selva, y el repuesto monte.

Mas ¡ay! si acaso el alma solitaria
Del que sucumbe en apartado suelo
Va á escuchar de los suyos la plegaria,
Que en su patria por él se eleva al cielo,

Nunca el postrer suspiro, que mi pecho
Lanze muriendo sobre extraña arena,
Vago presentimiento de la pena,
En torno vuele de mi madre al lecho.

Ni su angustiado corazon agite,
Ni haga á sus ojos agolparse el llanto,
Ni con voz interior llena de espanto
Y secreta ansiedad á orar la incite.

Y ella orará tambien, la prenda hermosa
Que ama mi corazon con fé tan pura
Y en brazos de mi madre cariñosa
Ocultará su llanto, y su hermosura.

¡Juntos los seres que en el mundo adoro
Juntos para gemir, y para orar!
No quiera Dios que tan precioso lloro
Riegue algun dia mi paterno hogar.

¿Y porqué he de morir! la muerte acaso
A todos hiere con sus negras alas?
¿Entre la nube de encendidas balas
No podra mi valor abrirme paso?

Y yo pude temblar necio y cobarde;
Mañana, cuando el sol haya apagado
Su antorcha en los celajes de la tarde,
¿Quién osará decir que yo he temblado?

Tiemble aquel, cuyo brazo con su tea
Armó el vil odio, ó la cruel venganza,
Nunca en mis manos temblará una lanza
Que defiende à su patria en la pelea.

Al combate, al combate; no mas calma,
Emocion del peligro, ya te ansio,
Que al fuego del valor templada el alma
Recobre altiva su indomable brio.

¡Qué hermoso irá el corcel, cuando tendido
Al rumor de los bélicos clarines,
Barra la arena con sus largas crines,
La empuje con su ardiente resoplido!

Y como un mar de acero refulgente
Girando en caprichosos oleajes,
Lanzas, pendones, sables, y plumajes
Avanzen en tropel confusamente.

Y selvas de apiñadas bayonetas
En la inflamada atmósfera vomiten
Nubes de fuego, en tanto que repiten
Los ecos el sonar de las trompetas.

Y se oyen en confusa gritería
Del ataque el clamor, voces de mando,
Y el crujir de la ronca artillería
Los aires con estrépito rasgando.

¡Quién no hará entónces de valor alarde?
¿Quién sordo al eco del marcial estruendo
En mas la vida que el honor teniendo
Huirá al peligro, el corazon cobarde?

Nadie, que todos buscarán la gloria,
Y al centro de las huestes enemigas
Iremos á clavar en sus lorigas
Los pendones, que anuncien la victoria.

¿Y qué dulce será para el soldado
Aun conmovido de fatiga y gozo
A su patria llevar con alborozo
Nueva feliz del triunfo conquistado.

¿Qué hermosa entónces de su noble pecho
Rechazará el amor y las caricias?
¿Cuando la gloria brinda con su lecho
Podrá el amor negarnos sus caricias?

Entónces á los bélicos redobles
Sucederan cariños hechiceros;
La gloria y el amor son compañeros.
Porque la gloria y el amor son nobles.

Calló el guerrero; el alma enardecida
Fingió sueños de gloria, y de fortuna,
Y en su lecho de nubes adormida
Blanca en el cielo apareció la luna.

QUEJAS.

Sal, crudo amor, pues que dás
Al pecho tanto tormento,
Sal, y sirva de escarmiento
Para que no entres jamas.

Harto he luchado, oh! ingrata,
Y mil veces prefiriera
El luchar con una fiera
Que al fin, ó se rinde, ó mata.

Tú eras la luz de mi gloria,
La flor de mi poesía,
Con tu presencia vivia,
Soñaba con tu memoria.

No hubo en tu barrio funcion,
Sin que en él horas enteras
No aguardara yo á que abrieras,
Para verla tu balcon.

Ni salistes á la calle,
Sin que yo en ella me hallara,
Para bendecir tu cara,
Y para adorar tu talle.

Y feliz mi corazon,
Cuando tú menos airada
Con una dulce mirada
Pagabas mi adoracion.

Fui de tus pasos la huella
Buscando constantemente,
Cual la brujula obediente
Busca del norte á la estrella,

Y de tu atmósfera pura
La tempestad, ó la calma
Anunciaba de mi alma
El contento, ó la amargura.

Tras de tus luces divinas
Corrí como mariposa;
Por el olor de la rosa
Me hice sangre en sus espinas,

Y pues amor tan constante,
Tanto sufrir, y esperar
No lograron ablandar
Tu corazon de diamante,

Permita Dios poderoso
Que sientas lo que yo siento,
Y no halles en tu tormento
Ni consuelo, ni reposo.

ROMA.

Soñaba yo, y en mi abrasada mente
De cien pueblos y cien la historia hervia,
Y á ciegas mi cansada fantasía
Luchó por comprenderla inútilmente;

En esto mi pupila estremecida
Con vivo resplandor hirió la gloria,
Dejándome al pasar en la memoria
De un imperio la imágen esculpida.

Vi del vago crepúsculo de Oriente
Brotar la clara luz del Mediodia:
De los pueblos, que el lujo enmollecia,
Otro pueblo nacer rudo, y valiente.

Fué en su principio aventurera raza,
Que de pieles vistió el fornido pecho,
Que halló en las piedras al descanso lecho,
Y alimento frugal buscó en la caza.

En sus callosas manos el acero
Tambien como á la paz, sirvió á la guerra,
Y el que buen labrador abrió la tierra,
La defendió á su vez noble guerrero.

Hizo despues ciudad, que floreciente
En siete montes asentó su planta;
El mundo á saludarla se levanta,
Y Roma resonó de gente en gente.

En ella al orbe se dictaron leyes,
Alzó sus monumentos la victoria,
Y fué buril para esculpir su gloria
El áureo cetro de vencidos reyes.

Mientras el pueblo aquel á sus legiones
Hizo escuchar las leyes en las plazas,
Muy bien pudo llamar bárbaras razas
Del mundo entero á las demas naciones.

Nadie domina entónces su arrogancia,
Do quier sus manos la victoria imprimen;
Y, grande en su virtud, grande en su crímen,
Venció á Cartago, y asoló á Numancia.

Mas despues que ambicioso leguleyo
Las haces humilló del magistrado,
Y atizó con la espada del soldado
La discordia entre el noble y el plebeyo,

Y, olvidando sus nobles atributos,
El pueblo ocioso, al decretar la guerra,
Pensó no solo en conquistar la tierra,
Si no tambien en repartir sus frutos.

Poco á poco su gloria se vino al suelo,
A los trofeos sucedió la ruina,
A la gloriosa espada de Metelo
El infame puñal de Catilina.

El jugo emponzoñado del deleite
De aquel rostro severo en la figura
El vigor juvenil, y la hermosura
Trocó en débil vejez, y torpe afeite.

Nuevo Tarquino, un príncipe altanero
De sus matronas mancilló el decoro,
Y las cadenas, que rompió el acero,
Volvió á soldar con ignominia el oro.

El pueblo afeminado á los placeres
Vendió su libertad en torpe orgía,
Y en débil corazon, de las mugeres
Unió á la crüeldad la cobardía.

En el delirio de su rabia insana
Iluminó con hombres sus jardines,
Haciéndose servir en los festines
El caliente manjar de carne humana;

Sus próceres, gastados por el vicio,
Escépticos al par, que intolerantes
Del circo en las arenas humeantes
Dieron á los creyentes vil suplicio.

La turba con desprecio sonreia
Al escuchar los ayes del cristiano,
Y el confuso batir de hueca mano
Ahogaba el estertor de la agonía.

Roma cayó : y el bárbaro atrevido
Arrancó letra á letra sus blasones,
Que no basta el poder de las legiones
A sustentar un pueblo corrompido.

El mundo entónces vaciló en sus hombros;
No lo pudieron sostener sus brazos,
Y, al caer, dividieron sus escombros
La silla del imperio en dos pedazos.

Su cetro se partió, cual seca arista,
Cumplida su mision sobre la tierra :
Y, al expirar, el genio de la guerra
El postrer ¡ay! que dió fué su conquista.

Halló en sus mismos monumentos tumba:
Allí reposan héroes, y victorias;
El viento en torno respetuoso zumba
Y aun repite los ecos de sus glorias.

Brilla hoy sobre esa tumba solitaria
Una luz, que nos baña de consuelo:
Luz que encendió el Señor del alto cielo,
Y alimenta del hombre la plegaria.

Y esa luz es la fé : brillante aurora
Que disipó las nubes de la guerra;
La que en su trono esclavizó á la tierra,
Desde su tumba la ennoblece ahora.

A MLLE ***.

Eras aun pura : tus cabellos de oro
Daban corona á tu semblante bello,
    Mansion de los hechizos,
Cayendo en ondas de flotantes rizos
    Sobre tu blanco cuello.
Brillaba la innocencia de tu frente
    Tan pura, y refulgente
Como el sol que te dió la luz primera;

Se abria de tu boca la sonrisa
Con hálito amoroso,
Cual de naciente flor en primavera
Se abre á los soplos de temprana brisa
El cáliz oloroso.

Mas los hombres, que vieron tu belleza,
Tambien la codiciaron:
Y, destilando en ella su veneno,
A marchitar llegaron la pureza
De tu cándido seno;
Derramaron lisonja en tus oidos,
Vanidad en tus locos pensamientos,
Ambicion en tu pecho, y tus sentidos
Rindiéronse al encanto soñolientos.
Una mancha en tu frente antes serena
Del impuro placer dejó la mano,
Como la sucia baba del gusano
En el tallo gentil de la azucena
Deja su rastro inmundo.
Hermosa, te dijeron: ¿qué es el mundo
Sin galas, sin festines y sin oro?
¿De qué sirve un tesoro
Que está enterrado bajo el mar profundo?

Ven : que yo te daré placer, renombre,
Los perfumes mas suaves del Oriente;
Y las joyas mas ricas que haga el hombre
Adornarán tu frente.
Será tu vida un festin,
Y haré traer cada año
Mármoles para tu baño
Flores para tu jardin.

Así te hablaron ellos, y tú ¡triste!
Sus palabras de cieno
Escuchaste imprudente, y las creiste
Bebiendo entre su miel lodo, y veneno.

Entónces, abandonada
De tu Dios, te vi arrastrada
Por ellos, tu carcajada
Entre sus brindis oí.
De sus aplausos el ruido
Dejar no llegó á tu oido
Ni las voces, ni el gemido
Del que lloraba por tí.

Eras la blanca azucena,
Que en rama de amor florece,
Y, cuando altiva se mece,
El aire de aromas llena.

Pero tu cáliz liviano
Ajó del placer la mano,
Y, á su soplo, en polvo vano
Se deshizo tu beldad.
Hoy ya seca, y amarilla,
Como á podrida semilla,
El mundo al pasar te humilla
Pisándote sin piedad.

Diosa, festejada ayer
En palacios y jardines,
Hoy despreciada muger,
¿Dó están reina del placer
Tu galas y tus festines?
¡Ay! de tanto adorador
Como llevabas contigo
En tus dias de esplendor,
Yo soy el único amigo
Que te queda en el dolor.

FANTASIA, RECUERDOS.

Hora que la florida primavera
Los campos borda de nacientes flores,
Y galanas las selvas en olores
Empapan su corona de verdor;
Hora que con aliento voluptuoso
Llega hasta mí el vapor de la mañana,
Trayéndome al cruzar por mi ventana
Los cantos del alegre ruiseñor;

Calma un instante, velador tormento,
Las ansias, que me agitan tristemente,
Cesa de golpear sobre mi frente
Contando los latidos de mi sien.
Deja que el alma fatigada duerma
En recuerdos de amor y de ventura,
Que es dulce al infeliz en su amargura
Aunque perdido recordar el bien.

Harto tiempo pesó sobre mi frente,
Helada como el ósculo de Judas,
Esa amarga Razon, gérmen de dudas,
Reo á la par de su delito, y juez.
Harto tiempo en mi pecho acongojado,
Como en el mar los alterados vientos,
Se agitaron contrarios pensamientos
Luchando, y destruyéndose á su vez.

Hijas de la ilusion, dad á mis sienes
Fresca guirnalda de olorosas flores.
En brazos de la gloria y los amores
A mi cansado espíritu venid,

Y cuando el alma vibre, y se estremezca
Al tacto abrasador de las pasiones,
Vuestra túnica ardiente de emociones
En mis helados miembros sacudid.

Y tú, beldad ingrata, que mi mente
Soñó aun mas pura que el placer de amarte,
A quien para engañar prestaba el arte
Risas de niño, y llantos de muger
Acercate tambien, y mis sentidos
Enlaza con tus fáciles cadenas,
Desramando en la sangre de mis venas
El calor excitante del placer.

Mas ¡ay! en vano tu megilla abrasa,
En vano quema tu mirada ardiente,
Ni el deseo en mi sangre bulle hirviente,
Ni en mi pecho se agita la pasion,
Tu imágen ya mis ojos no fascina,
Ni al deleite tu risa me provoca,
Cerrada está para el cantar mi boca,
Muerto para el amor mi corazon.

Huye de mí : si acaso en tus recuerdos,
Aun quedan hojas de mi amor caidas
Dejalas ¡ ay ! que floten esparcidas
En la memoria del amor, que fué.
No vuelvas hoy tu vista á contemplarlas,
Que, si á cogerlas con afán te inclinas,
Sangre harán en tu mano sus espinas,
Y en sucio lodo se hundirá tu pié.

Huid, huid recuerdos, que importunos
Rasgais el alma de dolor avaros,
No hay en mi corazon llanto, que daros
Para calmar vuestra ardorosa sed.
En torno de las almas juveniles
Desplegad ese velo de colores,
Y el hermoso jardin de los amores
Cubrid para ellas de engañosa red.

No para mí; que en vano el sol naciente
Brilla en el cielo de esplendor radiante,
En vano va su luz agonizante
Sobre los anchos mares á morir.

El no disipa del dolor las nubes;
Mi pecho siempre desgarrado llora,
Ni me traé esperanzas en su aurora,
Ni me deja recuerdos al partir.

HISTORIA DE UN PAJARO.

Orillas de fresca fuente,
Do el sol al nacer se baña,
Entre la humilde espadaña
Alzaba un árbol su frente.

De su copa, por igual
Al sacudir la guirnalda,
Salpicaban la esmeralda
Breves puntas de coral.

Que al abrirse con orgullo
Dejaban las verdes hojas
Asomar las pintas rojas
Del floreciente capullo.

Era la gala del valle,
Que lo escogió por pensil
Entre los árboles mil,
Que estan formándole calle.

Y, por darle mas honor,
En su ramaje florido
Labró su caliente nido
Un pintado ruiseñor.

Cuando el crepúsculo frio
Iba con luz vacilante
Cuajando en perla, y diamante
El escarchado rocio,

Y del sol los resplandores
Doraban su fragil cama,
Columpiándose en la rama,
Cantaba trinos de amores.

Y cuando ya en occidente
Su luz apagaba el dia,
El tambien lo despedia
Con su canto alegremente.

Así, en trinos y gorgeos,
Haciendo el aura mas suave,
Pasaba su vida el ave
Sin cuidados, ni deseos.

Mas tentóle la ambicion
Mirando al rasgado cielo,
Y ensayar quiso su vuelo
En la celeste region.

Amó la luz de una estrella,
Y como el falso horizonte
La daba encima del monte,
Pensó llegar hasta ella.

Y un dia, que del destino
Miró sin temor la cara,
Bullicioso se prepara
Para emprender su camino.

Antes en la fresca fuente
Con dulce afán se regala,
Mojando primero el ala,
Despues el pico, y la frente.

Y, haciendo su movimiento
Sobre el cristal leve arruga,
Sacude el cuello, se enjuga,
Y da las alas al viento.

Ya por la etérea region
Soñando con mil antojos,
Volvió un instante los ojos
Para mirar su mansion;

Al árbol de sus amores
Saludó con armonía,
Y un adios de simpatía
Dió á la fuente, y á las flores.

II

Huyeron breves los dias,
Sin que en la verde enramada
Se oyesen á la alborada
Sus alegres melodias.

Pasaron meses tras meses,
Atesorando el agosto
En los lagares el mosto,
Y en los graneros las mieses.

E iba alegre el ruiseñor,
Contento á la par que ufano,
Tras el resplandor lejano
De la estrella de su amor.

A su ardiente fantasía
Todo era nuevo, y hermoso,
Porque un corazon dichoso
Para sentirlo tenia.

Libre en el tendido espacio
Suyos creyó tierra y cielo,
Pensando llevar su vuelo
Del sol al mismo palacio.

Pensó que para él, alfombras
A la tierra daba el dia,
Que el cielo para él lucia
De la noche entre las sombras.

Y en su alborotado orgullo
Pidió á la luz sus colores,
Sus perfumes á las flores,
Y á las auras su murmullo.

Mas luego que lentamente
El cansancio, el hambre, el frio
Fueron quebrantando el brio
De su corazon valiente;

Y tuvo ya que luchar
Para seguir su intencion,
Empezó su corazon
A turbarse, y á dudar.

E iba inquieto el ruiseñor
Posándose en su camino,
Ya en el descarnado pino,
Ya en la rozagante flor.

Pero, al querer sus primores
Tocar con las alas finas,
Halló en las flores espinas,
Y en los pinos no halló flores.

Del mar llegó á las riberas
Y, en revoltoso oleaje,
Miró el rizado plumaje
De las ondas altaneras;

Mas, en ellas refrescar
Queriendo las secas plumas,
Halló sucias sus espumas
Y amargas al paladar.

Y en tanto la blanca estrella,
Que en el horizonte ansiaba,
Cuanto mas él caminaba,
Mas iba alejándose ella.

TAYLOR INST. OXFORD

Y no era por cierto extraño,
Que han de llevar las pasiones
Delante las ilusiones,
Y detras el desengaño.

Por fin lo llegó á tocar:
Vió que no habia remedio
A su esperanza, y el tedio
Le asaltó con el pesar.

Y su corazon deshecho
Quedó á los rudos embates
De los continuos combates,
Que destrozaron su pecho.

Todo fué entónces dolores;
La tierra, el aura y el cielo
No daban á su consuelo
Ni luz, ni arrullo, ni flores.

Cuando, ya triste y cansado,
Mas con voluntad resuelta,
Tomó en los aires la vuelta
De su albergue abandonado,

De un injusto cazador
Probó la iracunda saña,
Sintiendo en la herida entraña
Arder el plomo traidor.

Más, á pesar de su herida,
Siguió arrastrando adelante
Con el deseo anhelante
De ver su mansion querida.

Aquellos sitios amenos;
Do entre frescura y fragancia
De su revoltosa infancia
Pasó los dias serenos;

Y á cada paso, que daba
Entre fatiga y tormento,
A darle fuerza y aliento
La imágen se presentaba

De la fuente, que saltando
Por el valle se derrama,
Y del árbol, cuya rama
Nido le dió dulce, y blando.

Pero fué inútil su esfuerzo :
Que, al posar allí sus alas,
Eran ya las verdes galas
Despojo del crudo cierzo.

Vió á la saltadora fuente,
Roto el trasparente velo,
Con las prisiones del hielo
Arrastrarse torpemente.

Y era el aura viento ronco,
Y seca paja las flores,
Y el árbol de sus amores
Triste, y despojado tronco.

El ave, gimiendo en vano,
Buscaba por su memoria
De aquella pasada gloria
Algun recuerdo lejano.

Siempre la mente afligida,
Llorando su desvario,
Hasta que el invierno frio
Robó el aliento á su vida.

LA NUBE.

SONETO.

Pura y graciosa, apenas aparece
La blanca nube en el sereno cielo,
Cual leve gasa de flotante velo
La dora el sól, y el céfiro la mece.

Mas luego que su círculo engrandece,
La claridad del sol robando al suelo,
La negra tempestad corta su vuelo,
Y sus galas en lluvia desvanece.

Tal la dicha en el alma se presenta,
Nube gentil, que la esperanza dora,
Y mece la ilusion del pensamiento :

Mas, cuando en ella dilatarse intenta,
Se oscurece, y en llanto la evapora
De la desgracia el tormentoso aliento.

AL CONVENIO DE VERGARA.

Alzó su frente la discordia impía
En el suelo navarro,
Y de la guerra estrepitoso el carro
Con feroz armonía
Hirió los valles, y atronó los montes;
Negro vapor sangriento
Empañó los hispanos horizontes:
Y, al retirarse con pavor las olas,

Cadáveres sin cuento
Llevaron de las playas españolas.

¿Quién pudo al padre contra el hijo armar?
¿Quién al hermano contra el tierno hermano
¿Quién pudo ciego dirigir su mano
Contra la mano que debió estrechar?
¡Oh discordia civil, sierpe maldita!
¡Ay del pueblo infeliz, á cuyo seno
Tus enroscados nudos dan cadenas,
Convirtiendo en veneno
La sangre generosa de sus venas!
La convulsion horrible, que lo agita
Sin tregua ni reposo,
A la sima del mal lo precipita:
Y, cada vez mas ciego y mas furioso,
Húndese en el abismo
Rodando bajo el peso de sí mismo.

Lució por fin la apetecida aurora
De paz, y de bonanza;
Ya nuestra patria con sus rayos dora
El sol de la esperanza,
Y de hermosura, y claridad la viste,

Sagrada libertad, tú presidiste
Al fraternal abrazo,
Y de tu seno el cándido regazo
Para todos abriste.
¡O patria, libertad, Reyna adorada,
Que tan queridos nombres
Nunca al rumor de bélica asonada
Vuelvan à oir los hombres!
Bajo la sombra de la verde oliva,
Al són del apacible caramillo,
Repítanlos en danza fugitiva
Con corazon sencillo
Cuantos tengan á honor ser castellanos.
Y vosotros, guerreros, cuyas manos
Enlazaron ayer cintas de flores,
Al són de los amores
Juntos marchad, que todos sois hermanos,
Y vencidos no habrá, ni vencedores.

Juntos marchad los héroes de mi patria,
Y, henchido el corazon de alto deseo,
Y de laurel ornada vuestra sien,
Del rudo Pirineo
En las quebradas peñas,

Rotas de la discordia las enseñas,
Clavad los estandartes de Bailen.

Allí queden enfrente de la Europa,
Cual símbolos de union é independencia,
Y en tanto libres á la par que fieles,
Con plácido solaz
Venid á deponer vuestros laureles,
Y á recibir las palmas de la paz.

¡Ah! sí venid; que el afligido anciano
Abraze al hijo, que perdido llora,
Y el llanto bañe su convulsa mano,
Cuando os muestre insegura
El albergue feliz, en donde mora
La tímida hermosura,
Que vuestra mente enagenada adora.

A fuera esas corazas,
Que sofocan del pecho los latidos:
Y, en tanto que los himnos repetidos
Alegres suenan en las anchas plazas,
Bajo el hogar paterno,
De los seres que amais entre los brazos,

Con juramento tierno
De paz tan dulce confirmad los lazos.

Y si el soplo fatal de las pasiones
Pudo encender la sanguinaria tea,
De tantas emociones
Como agitaron en la atroz pelea
Vuestra altiva fiereza,
Hoy, que os unís en venturosa calma,
Despiertos en el alma
Queden solo el valor y la nobleza.

TRADUCCIONES DE ANACREONTE.

I

Dime ¿ qué haré contigo
Golondrina parlera?
¿ Te cortaré las alas
Con que rápida vuelas,
O cual otro Tereo
Te arrancaré la lengua?
Tu intempestivo canto
Del sueño me despierta,
Y con él de Batilo
Huye la imágen bella.

II

Naturaleza sabia
Al toro dió los cuernos,
Los cascos al caballo,
A la liebre ligeros
Piés, al leon el antro
De sus dientes horrendo,
La fortaleza al hombre.
¿Y nada al débil sexo?
Dióle belleza, en cambio
De broqueles y acero,
Y, la que es bella, vence
Las espadas y el fuego.

III

(LIBRE.)

Fabrícame, Vulcano,
Tú, que la plata labras,
No de templado acero
Armadura pesada:
Porque á mí ¿qué me importan
De Marte las batallas?
Solo pido me forjes
Una pulida taza,
Profunda cuanto puedas,
Y lo que puedas ancha.
Ni el Orion, ni el Carro,
Ni otras estrellas grava:
Que á mí poco me importan
Las Pléyades lejanas,
Y menos del Bootes
La perezosa marcha.
Píntame, sí, las vides
De racimos cargadas,

Las Menades beodas
Vendimiándolas grava,
Y en un lagar, á Baco
Con las doradas plantas,
Y al Amor, y á Batilo
Pisándolos retrata.

IV

(LIBRE.)

Si el oro á los mortales
Prolongara la vida,
Sin duda lo buscara
Con ansiosa codicia.
Y, en viendo de la muerte
Llegar la hora precisa,
Para que se alejara
« Toma, y vete, » diria.
Mas si al mortal no es dado
Que su suerte redima,
¿A qué triste lamento?
¿A qué vana fatiga?
Dadme de néctar dulce
Llena la copa amiga,
Dejadme de mi dueño
A la beldad divina,
En un corro de amigos,
Brindar con alegría.

V

(IMITACION.)

Vagando entre las flores
Cupido iba una siesta:
Una fragante rosa
Alegre á coger llega;
Mas ¡ay! que entre sus hojas
Descansaba una abeja,
Y, al ver la hermosa mano,
Picóla, y quedó muerta.
Cupido al dolor fiero
La mano se restrega,
Y de Citere hermosa
Hasta el regazo vuela.
« Madre, yo muero, dice,
Madre, mi muerte es cierta;
Jugando entre las flores
Dióme picada fiera
Sierpecilla con alas,
Que otros llaman abeja.

—Cupido, le responde
Sonriendo Citérea,
¿Si dolor tan rabioso
Da el pico de una abeja,
Dí, cuanto mas agudo
No será el de tus flechas?»

INVOCACION

DE LAS GEORGICAS DE VIRGILIO.

Cómo dorada miés alegra el campo,
En qué estacion conviene arar la tierra
Y con los olmos enlazar las vides,
Cómo se cuida al buey, cómo al cordero,
Y de la experta abeja los trabajos,
Empezaré á cantar. Astros del mundo,
Que resbalais brillantes por el cielo
Al año conduciendo en vuestro giro,

Liberal y alma Céres, cuyo influjo
En trigo convirtió frutos silvestres,
Las vides descubrió, y el zumo de ellas
Con el agua mezcló en el mismo vaso:
Y vosotros tambien del campo dioses,
Faunos silvestres, y risueñas Ninfas,
Venid, y escuchareis vuestros cuidados.
Y tú, Neptuno, á quien la tierra herida
Al primer golpe de tu gran tridente
Lanzó un corcel brioso: Dios de Cea
Amante de los bosques, cuyas yervas
Pacen á centenares los novillos:
Y tú, pastor de ovejas, Pan, que el bosque
Paterno abandonaste y las gargantas
De Lyceo, cantando en el Melano
Tus cuidados con dulce caramillo (1),
Minerva, que la oliva descubriste,
Niño, que los arados inventaste,
Diosas y Dioses todos, que del campo
El cuidado teneis y la defensa,

(1) En estos dos versos me he apartado algun tanto del original, y he seguido la traduccion de Delille.

Que de la tierra vírgen en los sulcos
Desarrollais el gérmen de los granos,
Y para su alimento largas lluvias
Desde el cielo enviais, venid y oidme.

A LA SEÑORA Dª DE A.

EN SUS DIAS.

Hace noy años que, nacida
A ser de la corte orgullo,
Se abrió tu fresco capullo
A las auras de la vida:

Y tus hálitos primeros
De hermosura y de candor,
La esperanza y el amor
Cultivaron lisongeros.

Creciste, y el puro ambiente
Llenas de rica fragancia,
Mostrando con arrogancia
Cubierta de hojas tu frente.

Mientras te dan vasallaje
Las gracias y los amores,
Y de cien adoradores
Recibes el homenage,

Permíteme, flor altiva,
Que, en tributo á tu beldad,
Hoy te ofrezca mi amistad
Otra flor « la siempreviva. »

EN EL ALBUM DE D***.

Dudo que exciten mis versos
Tu encantadora sonrisa,
Que al fin, como hechos de prisa,
Habran de salir perversos;

Pero dáles de tus gracias
Los brillantes resplandores,
Y convertirás en flores
Estas que son hojas lacias.

Concédales tu clemencia
Quedar escritos aquí:
Y sino viven por sí
Viviran de tu presencia:

Porque es la luz de tus ojos
Como los rayos del sol,
Y brillan con su arrebol
Las flores y los abrojos.

IMPRESIONES

DE UNA VISITA A FONTENEBLEAU.

Aquí do un lecho de silvestres flores,
Escondido en la plácida verdura,
La majestad rendida á la hermosura,
Dulce talamo fué á regios amores;

Do, cual altivo sol de la mañana
Quiebra sus rayos en la humilde fuente,
Dobló Francisco la orgullosa frente
Al mirar la sonrisa de Diana:

¡Cuán bello con la aurora del estío
Se viste el campo de lucientes galas,
Y las borda de perlas el rocío,
Que mueve el ave al desplegar sus alas!

¡Cuán dulce el aire con aliento blando
A las dormidas flores acaricia,
Ellas al beso con amor doblando
Humedo el tallo en lánguida delicia!.

¿Mas qué influjo fatal sobre ese ambiente
De flores, y de luz tiende su sombra,
Cual de una roca la avanzada frente
Mancha de un lago la apacible alfombra?

En medio de tan mágicas escenas,
Mudo, amenazador, en el espacio
Silencioso destaca ese palacio
Sus torres, que la aurora alumbra apenas.

La ambicion y el amor con doble imperio
Salpicaron de sangre sus salones,
Do una Reina ofendida ambas pasiones (1)
Vengó en un dia con fatal misterio.

(1) La reina Cristina de Suecia.

En vano árboles mil, en sus confines,
De aquel recinto la cintura esmaltan,
Y peces mil en sus estanques saltan,
Y la rosa se mece en sus jardines:

Que, al mirar sus parduscos torreones,
Una idea no mas cruza la mente,
Y aun suena en el oido tristemente
El adios que salió de esos balcones.

Voz de dolor, que al universo asombra,
Aun la siente vibrar el mármol frio,
La guarda el bosque en su escondida sombra,
Y allá á lo lejos la murmura el rio.

Dormida yace en los oscuros huecos
Que cortan tan soberbia pesadumbre,
Y la despiertan con pavor los ecos
De triste luna á la callada lumbre.

¡Oh cuanto de dolor y de amargura
Debió encerrarse en la fatal sentencia!
El que Dios se creyó desde su altura
A confesar forzado su impotencia,

Rompió su espada con sus propias manos
Al frente de los héroes de su gloria,
Y ante el mismo palacio, donde ufanos
Celebraron cien veces la victoria.

¿Qué te sirvió llevar tantos pendones
Que anublaron la luz del claro cielo?
¿Qué te sirvió con naves y escuadrones
Gravar las olas, y oprimir el suelo?

¿Eso debió esperar de tu arrogancia,
Cuando en medio de ruinas y de escombros
Te saludó por su señor la Francia,
Y un pueblo te elevó sobre sus hombros?

Era ese mismo pueblo, que impaciente,
Rota ya una corona entre sus brazos,
Juntó luego con sangre sus pedazos
Para ceñirla á tu gloriosa frente.

Que harto al fin de verdugos y tiranos,
A los primeros himnos de victoria
Lanzó el puñal de sus manchadas manos
Para empuñar la espada de la gloria.

Tú le dijiste : ven, tiemble la Europa
De mi voz conmovida al són profundo,
Vísteme tú de la cesárea ropa,
Y te haré libre esclavizando al mundo.

Ven, y conmigo escalarás el Alpe:
Yo desharé las nieblas de su frente:
Desde Estambul al apartado Calpe
Nos ciña el sol con su córona ardiente.

Y al sacudir su manto de arrebol
Será tal vez con su tendido velo
Dosel estrecho de mi trono el cielo,
Corona estrecha de mi frente el sol.

Y los hijos de Francia te siguieron
Al resplandor cegados de tu gloria,
Y con sangre sus huellas escribieron
Las páginas mas grandes de tu historia.

Tú viste relucir sobre sus cascos
La misteriosa luna del Jordan,
Rasgando con tu espuela los damascos
En el haren del muelle musulman.

En vez de arenas sus quebrados petos
El Nilo ardiente con sus olas lleva,
Y en témpanos sus rotos esqueletos
Vuelca en el mar el aterido Neva.

Nació el sol de Austerliz, y removida
Su imágen pura en el cristal luciente
Alzó del mar la soñolienta frente
De nacar, y oro, y arrebol vestida.

Estremecidos sus cabellos de oro
En su disco tu triunfo retrataron,
Y con aplauso de la mar sonoro
En sus olas despues lo reflejaron.

Pero en vano, llenando el emisferio,
Ese sol en los mares se mecia,
Que el humo de Moscou lo ennegrecia
Tiznando la corona del imperio;

Y, al brillar sobre pálidos despojos,
Nunca pudo secar su rayo ardiente,
La sangre de los hijos en su frente,
El llanto de las madres en sus ojos.

Nunca pudo cortar su ardiente rayo
Aquel vapor de sangre mercenaria,
Ni acallar de las viudas la plegaria,
Ni al huérfano aliviar en su desmayo.

Si tal vez al tender por los salones
De este palacio tu mirada altiva
El lienzo te arrojó en imágen viva
De Cárlos de Alemania las facciones

¿Nada te dijo aquelle faz severa,
Dura leccion de acerbos desengaños,
Ni aquel cetro imperial, que tantos años
Crujió al empuje de la Europa entera?

¡Ay! entónces tambien la patria mia
Pudo por triunfos relatar su historia,
Y, como tú, la hispana monarquía
A precio del poder compró la gloria.

Brilló como la llama su grandeza,
Del mundo un siglo deslumbró los ojos,
Mas como ella tambien de la riqueza
Se alimentó tragando los despojos.

Entre las picas, y acerada malla
De cien y cien contrarios escuadrones
De la Europa en los campos de batalla
Su estandarte por fin dejó á girones.

Siempre buscó por enemigo al fuerte,
Y el águila imperial, la lis de Francia,
Cuando en adversa se mudó la suerte,
Admiraron su intrépida constancia.

Asi á la Europa resistió dos veces;
Hasta que al fin rendida la apresaron,
Y en Westphalia, y Utrech la sentenciaron,
Siendo sus mismos enemigos jueces.

Igual fué tu destino: tus blasones
La historia, ¡o capitan! guarda en su templo:
Y al lado de mi patria eres ejemplo
A emperadores tú, y ella á naciones.

¿Porqué quisiste encadenar la mano
Que mi patria te dió, cual noble amigo?
Héroe te amó, te combatió tirano,
Y digna fué de combatir contigo.

Tú, que el grande poder de otras naciones
Viste deshecho al soplo de tu aliento,
Y como nube que disipa el viento,
Disipaste el valor de sus legiones:

Tú, que viste la prez de sus guerreros
Ceder á la fortuna transitoria,
Y llevaste detras de la victoria
Sumisos á tu ley pueblos enteros.

Tú, de soldados y tesoros dueño,
Nunca llegaste á imaginar, que España
Osara altiva provocar tu saña,
Sin mas poder que el de su noble empeño.

Mas fué su voluntad barra de hierro,
Que no lograste nunca hacer pedazos,
Y lentamente te arrastró en sus brazos
Desde el trono imperial hasta el destierro.

Al fin venció: mas, á llenar su copa
De la victoria en el licor herviente,
Al festin no asistió, donde insolente
Su grande triunfo celebró la Europa.

Entre la multitud de hombres armados
Que del Sena se unieron en la orilla
Tu ruina á festejar, no hubo soldados
Que llevasen la insignia de Castilla.

AL SEÑOR D. MANUEL QUINTANA.

SONETO.

Tú ofreciste á la vez ejemplo y guia
Del Parnaso español á los cantores,
El camino alfombrándoles de flores,
Que lleva á la inmortal filosofía.

Las aves te prestaban su armonía,
Y su blando suspiro los amores,
Y el mar alborotado sus furores
Para escuchar tu acento suspendia.

Perdona que la voz, noble poeta,
Me atreva á dirigirte irreverente;
Mi corazon te admira y te respeta,

Y aspiro con mi canto solamente
A dejar una humilde violeta
En el laurel glorioso de tu frente.

LA VIDA.

SONETO.

Potencia, cuyas manos creadoras
Agita el movimiento eternamente,
Y de la tierra en la adornada frente
Renuevas la guirnalda á todas horas:

Te halla el sol al nacer en las auroras,
Te encuentra al esconderse en Occidente,
Y en tu immenso crisol continuamente
De este mundo las fuerzas elaboras.

Sin antes ni despues, marcha impelida
La materia en tus giros incesantes;
Pero el alma por Dios ennoblecida

Une del *fué* y *será* los dos instantes:
Porque es cada momento de su vida
Principio del *despues*, y fin del *antes*.

LA FUENTE.

¿No ves esa fuente pura,
Cuya plácida corriente
Resbala desde la altura
Dulcemente?

¡Cuán alegre y bulliciosa
Ya forma cintas de plata,
Ya entre los guijos medrosa
Las desata!

Ya, con voluptuoso enlace,
Recibe en globos de perlas
Al aura, que las deshace
Por beberlas.

Ya, con ademan esquivo
Riéndose de su pena,
Burla su abrazo lascivo
En la arena.

Y sus ondas, en reposo,
Retratan con formas suaves
El vuelo raudo y gracioso
De las aves.

Corona el césped su frente
Con el menudo guijarro,
Tan limpio, que no consiente
Paso al barro;

•

Porque un velo virginal
Sobre su márgen florida
Tiende, aun puro, el manantial
De su vida.

No lejos del blando lecho
Donde reposa esa fuente,
Se agita el hinchado pecho
Del torrente.

Se oyen de su frente rota
En las peñas los chasquidos,
Y del viento que lo azota
Los silvidos.

¡Cuán acongojada escucha
La pobre fuente apacible
Los ecos de aquella lucha
Tan terrible!

Paréceme en tu temblor,
Inocente fuentecilla,
Que te apartas con pavor
De tu orilla.

¡Ay! cuando del seco estío
Caigan las espigas rubias,
Y venga el otoño frio,
Con sus lluvias,

Y tus ondas hoy serenas
Sientas crecer con hervor,
Esparcirse por tus venas
El vigor,

Y á un desconocido impulso
Halles tu márgen estrecho
Para el palpitar convulso
De tu pecho.

Ese terrible combate,
Cuyo rumor te intimida,
Porque en tu pecho aun no late
Bien la vida,

Tu misma lo buscarás,
Y en porfiada batalla
Por ir hasta él romperás
Cerca y valla.

Tú misma rotos los lazos
De tu retiro inocente,
Te arrojarás en los brazos
Del torrente,

E iràs con él, sin saber
Quien te empuja en tu camino,
Si será pena ó placer
Tu destino.

Tal vez la cerúlea espalda
Tiendas por verde campiña,
Y á tus sienes den guirnalda
Mies, y viña,

Y, de un cielo trasparente
A los limpios resplandores,
Sea el espejo tu corriente
De las flores.

Tal vez, entre zarza y breñas
Despedazado tu seno,
Se arrastre sobre las peñas
Con el cieno;

Y en vez de florida alfombra
Y de risueño horizonte,
Te apesadumbre la sombra
De algun monte.

TAYLOR OXFORD

Pero alegre, ó afligida
Correrás, que esa es tu suerte:
Ir enlazando la vida
Con la muerte.

Si te toca padecer
No te quejes: la natura
De tu pena ó tu placer
No se cura.

Porque la voz misteriosa
Que en el mundo te recibe
No dijo: « Vive dichosa: »
Sinó: « Vive. »

Vive para algun objeto,
Que no te es dado saber
Y se guarda en el secreto
De tu sér.

¿Puede en la ruidosa orquesta
Saber de sí el instrumento
Porque lanza un són de fiesta,
O un lamento?

Tal vez es, en la armonía
Del universal conjunto,
Tu dolor ó tu alegría
Solo un punto.

Vive, y corre, ¿qué te importa?
Tu carrera ha de parar,
Triste, alegre, larga ó corta,
En el mar.

Allí, batido tu seno
Contra la barra alterada,
Dejará todo su cieno
A la entrada:

Y aquella parte mas pura
De tu agitada existencia,
La que vertió en la llanura
Rica esencia,

La que dió jugo á las flores,
O á los frutos de este suelo,
Se alzará luego en vapores
Hasta el cielo.

A LA SEÑORITA ***.

Ramillete de flores,
Mata de albahaca,
Regalo de Sevilla,
Luz de Triana:
  Cuando tu sales,
Das calor á la tierra,
Perfume al aire.

Pareces, cuando se abren
Tus celosías,
Lucero, si es de noche,
Sol, si es de dia:
  Y á sus fulgores
Vuelan, cual mariposas,
Los corazones.

Son tus cabellos seda,
Palma tu talle,
Tus mejillas claveles
Entre azahares:
  Y tus dos labios
De una granada abierta
Los dos pedazos.

Tienes los piés menudos
Como la yerva,
Las manos transparentes
Como azuzenas,
  Y ardiente el alma,
Que es el sol que en tus ojos
Despide llamas.

Nunca sus puros rayos
La pena enturbie,
Y al cielo de tu cara
Traiga las nubes.
No tiene brillo
Cielo en que el sol no luce
Puro y tranquilo.

No dejes que á tí lleguen,
Nítido vaso,
Y en tu cristal purísimo
Pongan los labios;
Que en el mas terso
Mas fácilmente deja
Mancha el aliento.

En las ramas del árbol
Libres las aves
Derraman la alegría
De sus cantares:
Mas, si están presas,
En su canto mas bello
Siempre hay tristeza.

En su tallo las flores
Viven contentas,
Conservando sus galas
Puras y frescas:
  Pero, cortadas,
Duran solo el espacio
De una mañana.

Tu alegría y tu gala,
Guardalas, niña,
Que eres la flor y el ave
De Andalucia.
  ¿Si te las roban,
Quién dará á sus jardines
Canto y aroma?

Colúmpiate en tu tallo,
Rosa del valle,
Y ojalá no lo agiten
Las tempestades;
  Cuanto mas bella,
Has de ser tú mas débil,
Mas fuertes ellas.

UNA PREGUNTA Y UNA RESPUESTA.

PREGUNTA.

Esa luz melancólica
De tu mirada,
Que en tus contornos puros
Tan dulce vaga
  Díme ¿sus rayos
A qué estrella tus ojos
Los han robado?

Esa tierna hermosura
Tan delicada,
Ese perfume suave,
Que de ti exhalas,
  Dime ¿á qué flores
Ha robado tu cuerpo
Gala y olores?

RESPUESTA.

Del gérmen de las flores
Se hizo mi cuerpo,
Y, para darme el alma,
Bajó un lucero.
  Cielos y tierra
Juntaron para hacerme
Flores y estrellas.

VOZ DEL ALMA.

¡Ay del que, perdido el tino,
Entre engañosas quimeras
Ve desparecer ligeras
Las amables compañeras
De su terrenal camino!

Sin fé, ni amor, ni esperanza,
Puesta en los ojos la venda
De la soberbía, se lanza
Por una escabrosa senda,
Cuyo término no alcanza.

De su vano pensamiento
Le hará su propia razon,
Por darle mayor tormento,
Duda en el entendimiento,
Tristeza en el corazon.

¡Ay de quién con loco orgullo,
A su Dios moviendo guerra;
La flor arranca á la tierra,
Y osado rompe el capullo
Por ver lo que dentro encierra!

Porque el hombre peregrino
Sobre la tierra, no ve
En la noche del destino,
Si no alumbra su camino
Con la aatorcha de la fé.

SONETO.

Todo lo sé, y lo puedo: á mi obediencia
Estàn los elementos sometidos,
El tiempo, y el espacio van uncidos
Al carro de mi noble inteligencia.

Postrase la natura en mi presencia;
No hay fuerzas, ni secretos escondidos,
Que mi poder no venza, ó mis sentidos
No descubran guiados por la ciencia.

Tal de soberbía, y de placer beodo
Clama el hombre, y al borde del abismo
La antorcha de la fé cubre con lodo,

Hace su pecho altar del egoismo;
Y el que todo lo explica, y vence á todo
Ni explicar, ni vencer puede á sí mismo.

PARAFRASIS

DEL SALMO CIII

Benedic, anima mea domino.

Bendice con tu canto
A tu Dios y Señor, corazon mio.
¡Cuán grande eres, Dios santo,
En tu magnificencia y poderio!
Te has envuelto en la luz, como en un manto,

Tiendes el pabellon del firmamento,
Y las aguas oscilan suspendidas
En torno á tus santuarios;
Calza las alas de tus piés el viento,
Son tu carro las nubes encendidas,
Las llamas tus ministros, y emisarios
Tuyos las tempestades;
Asentaste la tierra en su cimiento,
Y no podran moverla las edades.

Los abismos del agua la envolvian,
Como una vestidura,
Y sus olas los montes encubrian.
Tú las amenazaste, y han huido;
De la tierra en el seno
Se derramaron tremulas al ruido,
Que hizo en tu mano el trueno.
Las que sobrepujaban en altura
A la erguida montaña
Descendieron del campo á la llanura,
Y el sitio ocupan, que trazó tu mano.
Límites señalaste, que su saña
Jamas traspasará, do las encierra

Tu poder soberano
Porque no vuelvan á inundar la tierra.

Tú regalas al valle
Los puros manantiales de sus fuentes,
Y al traves de los montes se abren calle
Del agua las corrientes.
Cabe su márgen pura
Hacen su nido las celestes aves,
Y alegran con sus cánticos suaves
Del bosque la espesura;
Su sed en ellas el onagro apaga,
Y en ellas refrigera
Sus fauces secas la salvaje fiera.

De las nubes, donde haces tu morada,
A los secos collados
Das el riego; la tierra está colmada
De frutos variados,
Que en su fecundo seno tú prodigas
Con generosas manos.
Tú cuajas para el hombre en las espigas
El gérmen de los granos,
Y crias para el bruto

El heno verde, y el silvestre fruto
De la inculta dehesa.
A tu aliento divino
Por las entrañas de la tierra rica
Circula el jugo del caliente vino,
Con que el pecho del hombre se embelesa.
El pan con que se nutre y fortifica
De tu mano lo toma,
Y ella tambien le ofrece
De aceitosos unguentos el aroma,
Con que su rostro brilla y se embellece.

¿Quién sino tú los árboles del bosque
Con abundancia riega,
Y los cedros, que el Libano despliega
Plantados por tu mano?
Los pájaros allí su nido ocultan,
Y abrigo ofrece con su tronco el pino
A las garzas reales;
Por la cima del monte halla camino
El ciervo volador, y de las rocas
Tímidos animales
Buscan refugio en las torcidas bocas.

Los tiempos marca de la luna el paso,
Y en su esplendente coche
El sol sabe las horas de su ocaso;
Colocas las tinieblas, y es de noche.
Entónces de las selvas con ahullido
Se lanzan los feroces animales,
Y por la sombra espesa
Deslízanse con pasos desiguales;
Demandando su presa.
Ruge el cachorro del leon, hambriento
Y al Dios que le crió pide alimento.

Vuelve el sol otra vez al horizonte,
Y las fieras se ocultan,
Congréganse en el monte,
Y en lo hondo de sus cuevas se sepultan.
El hombre con la luz de la mañana
A sus trabajos sale, y todo el dia
En los campos se afana
Hasta las sombras de la tarde fria.
¡Cuán magníficas son, Señor, las obras
Formadas por tus manos!
De tu sabiduría en los arcanos

Todo en la vasta creacion fué hecho
Por tus sublimes juicios,
Y el orbe satisfecho
Proclama sin cesar tus beneficios.

He allí del mar los senos derramados
Sin límites al lejos, donde habitan
Los reptiles sin cuento,
Y grandes, y pequeños los pescados
Agitan su elemento;
Cabe su centro mismo
Naves cargadas de poder transitan
Y el Leviathan se burla del abismo.

Cuando llega el momento
Señalado por tí en las estaciones
Todas las criaturas su alimento
De tí esperan : tú das, y ellas reciben;
Abres tu mano, y se hartan de tus dones,
Con tu presencia viven.
Faltándoles tu aliento se deshacen,
Y al polvo tornan de su triste nada,

Les envias tu espíritu, y renacen
En la faz de la tierra renovada.

¡Gloria eterna al Señor! ante las obras
Que tu poder aclaman,
Con júbilo tu rostro resplandece,
Tocas á las montañas, y se inflaman,
La tierra, si la miras, se estremece.

Emplearé mi vida en alabarte,
Mientras un soplo de vital aliento
Quede en mi corazon, he de cantarte
Con himnos de contento;
Dulce á tu corazon sea mi canto,
Y mi oracion propicia,
Que en tu sér me estasio con encanto
De inefable delicia.
Trague la tierra al pecador y de ella
Desparezca el ímpio,
Bendice á tu Señor, corazon mio.

MEDITACION.

Duerme la luna: de la noche el viento
Su esencia roba al valle, que suspira,
Y las humedas cuerdas de mi lira
Hiere al pasar con misterioso acento.

Mas ¡ay! no puede deshacer la nieve
Do yace el alma inerte á su despecho,
Ni vibran del placer al tacto leve
Los gastados resortes de mi pecho.

Fantasma engañador de la hermosura,
Tú, al abrirse las puertas de mi vida,
Me enseñaste una imágen revestida
De blando amor y de inocencia pura.

Corrí ciego tras ella, como el niño
Corre tras la pintada mariposa,
La estreché entre mis brazos con cariño,
Y con labios de amor la llamé hermosa.

¡Inútil afanar! esos amores
No eran ¡ay Dios! los que soñó mi mente,
Los que miré con luz resplandeciente
Bajar del cielo derramando flores.

Capricho, y vanidad tan solo habia
Donde pensé encontrar dulces placeres,
Me dió la realidad solo mugeres
Donde ángeles soñó mi fantasía.

Dejé el amor, y en tí, naturaleza,
Busqué puras, y ardientes emociones,
Mas solo hallé en tus grandes impresiones
Indiferencia, y cuando mas tristeza.

Contemplé á mí pesar indiferente
Al pié sentado de arenoso risco
Arder del sol al inflamado disco
El cielo azul del caloroso Oriente,

Y con tristeza ví desde su cumbre
Del Acropolis mudo entre la ruina,
Reflejarse en el mar de Salamina
De mil estrellas la amorosa lumbre (1).

Busqué, en la primavera floreciente
El gorjeo del ave en la floresta,
Y del estío en la callada siesta
Blando murmullo de escondida fuente.

Ni la fuente, ni el ave, ni las flores
Me dejaron rumor, canto ó fragancia
¿De qué sirven los cuadros á la estancia
Cuando no hay luz que muestre sus colores?

(1) Nada mas bello que una noche apacible de Oriente en primavera y á las orillas del mar : el cielo tenue y trasparente como una gasa se cuaja de estrellas que chispean sobre el mar con un brillo tan dulce que no parece sino que se reflejan en él con la misma complacencia que experimenta una muger hermosa al mirarse en el espejo de su tocador.

Dias de la ilusion, dulces, serenos,
Cada uno de vosotros que pasaba
En mi anhelante corazon dejaba
Una lágrima mas, y una flor menos.

¿Qué nos deja el placer? busquélo ansioso,
Donde quiera que alguno me decia:
« Allí encuentras placer; » la mente mia
Se lanzaba con ímpetu fogoso.

Mientras corrí tras él, mar en bonanza
Fué para mí la vida, porque en ella
Llevaba entónces lo que hacerla bella
Puede no mas, deseo y esperanza.

Mas cuando encima de él puse las manos
Lo hallé mármol de vana sepultura,
Y detras de su brillo, y su tersura
Encontré fetidez, polvo y gusanos.

EN LA TUMBA

DE DON ENRIQUE GIL (1)

No de altivo laurel rama frondosa
Colgaré yo con mano temeraria
Donde tu tierno corazon reposa
Bajo tumba modesta y solitaria;

(1) El jóven y malogrado Enrique Gil falleció en Berlin donde se hallaba desempeñando una comision diplomática, y sus restos descansan en uno de los cementerios católicos de aquella capital. El autor, que se hallaba en ella como Encargado de negocios de S. M., pocos años despues de la muerte de Gil, hizo plantar de flores la tierra que cubre los restos de su infeliz amigo, y sobre la cual D. José Urbistondo habia hecho levantar á sus espensas un semillo y elegante monumento.

Blanca azucena, y encendida rosa
Llanto afectuoso, y sincera plegaria
Seran los dones, que mi amor te ofrece,
Y que el recuerdo de tu amor merece.

Que tu existencia como el aura suave
Pasó sin ruido por el triste suelo,
Como la blanca estela de la nave,
Cual la linea que forma con su vuelo
Sobre el tendido firmamento el ave.
Así pasaste de la tierra al cielo,
Dejándola bañada en armonía
Los ecos de tu dulce poesía.

Ni á los aplausos de guerrera gloria,
Ni al rumor de tumultos populares
Mezcló tu nombre nuestra triste historia,
Ni la ambicion lo guarda en sus altares.
Pura, como tu vida, tu memoria
Quedará en tus dulcísimos cantares,
Como queda en el vaso cristalino
La rica esencia de licor divino.

A Dios, dulce poeta, tierno amigo,
Que en los helados brazos de la muerte
Hallaste al fin impenetrable abrigo
Contra los tiros de envidiosa suerte.
Si tu espíritu baja á ser testigo
Del llanto acerbo, que mi pecho vierte,
Huelle á lo menos tu querida sombra
De frescas flores olorosa alfombra.

¡Ay! esas flores, que mi amor te envia,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Eran ayer emblema de alegría;
Hoy lo son de la muerte, y los enojos.
Al esparcirlas en la tumba fria,
Que guarda para siempre tus despojos,
Imágen son á mi angustiada mente
Del bien pasado, y del dolor presente.

EL TIEMPO.

SONETO.

Misterio indefinible á la verdad,
Aunque rigen tu sér leyes constantes;
Martillo, cuyos golpes incesantes
Resuenan en la hueca eternidad.

¿Porqué, si iguales son en realidad,
Tan diversos parecen tus instantes
Al que goza el placer de los amantes,
Al que sufre el dolor, ó la ansiedad?

Tal vez eres de Dios el instrumento,
Y recuerdas al hombre cada dia
La inexorable ley del sufrimiento;

Que siempre ha de encontrar tu mano fria
Para alargar sus horas de tormento,
Para abreviar sus horas de alegría.

LA FORTUNA.

SONETO.

(IMITACION DE OTRO ITALIANO.)

¿Qué eres, Fortuna? bajo el aureo techo
Arrastra el poderoso tus cadenas,
Y en su inquieto afanar vive entre penas,
Que á su ambicion el orbe viene estrecho.

Pobre mas libre de zozobra el pecho
Se entrega el labrador á sus faenas,
Y, al lado de su amor, tras parcas cenas
Duerme sueños de paz en duro lecho.

Te busca la ambicion en la pelea,
La codicía en el mar por tí suspira,
Nada de tu poder teme, ó desea

El sabio; ¿qué eres pues? una mentira,
Reflejo de un cristal: hermosa, ó fea
Te da la forma el mismo que te mira.

VERSOS ESCRITOS DESDE MADRID

A LA Sª. Mª. DE V.

QUE SE HALLABA EN NAPOLES.

Vuelve, lucero español,
A dar brillo á nuestro suelo
Con tu fúlgido arrebol;
¿Porqué has mudado de cielo
Si en todos vences al sol?

Deja ese tibio horizonte,
Y esa frondosa campiña,
Aunque el mar su planta ciña,
Y aunque la corone el monte
Con sus festones de viña.

Si da á tu beldad espejo
Ese cielo transparente,
Si te embalsama su ambiente,
Y el sol parte su reflejo
Entre la Italia, y tu frente.

¿Al lado de tu hermosura
Qué vale la luz mas pura
De esa atmósfera alhagueña?
¿Qué la esmaltada verdura
De tanta islilla resueña?

Do quier que tu planta pisa
Nace vergel seductor,
Que á tu lado cuaja Amor
Una perla en cada risa,
Y en cada paso una flor.

A UNA RECIEN CASADA.

Cuan dulce será, señora,
Estrechando tiernos lazos,
Hallar un lecho en los brazos
Del esposo, que se adora.

Y en ellos, sin movimiento
Rendida á fácil descanso,
Dormirse al arrullo manso
De su cariñoso aliento,

Y, al despertar amorosa,
Tu frente sobre su frente
Sentir su labio caliente
Sobre tus labios de rosa.

Goza, hermosa, las caricias
Que ha de inspirar tu hermosura,
Y bebe en su fuente pura
Todo un raudal de delicias.

Vuela, amante colorin,
A los brazos de tu dueño,
Que el amor te abre risueño
Las puertas de su jardin.

No lleguen á penetrar
En su atmósfera serena
Los nublados de la pena,
Ni los ruidos del pesar.

Ni del aire la frescura
Abrasen ardientes celos,
Ni el desden cubra con hielos
De sus flores la verdura.

Ni rompa fiero dolor
Las cadenas de tu encanto,
Ni den tus ojos mas llanto
Que las lágrimas de amor.

Jamas la fortuna infiel
Destroze tu corazon
Por robarte la ilusion,
Que lleves guardada en él.

Jamas de los desengaños
El rudo golpe te ofenda :
Y de tu vida en la senda
Viendo resbalar los años

Con sonrisa celestial
Estén siempre los Amores
Ofreciéndote las flores
De tu corona nupcial.

A Dª ***

REMETIENDOLE EN SUS DIAS

UN RAMO DE FLORES

Ahí va, Fanny, tu retrato;
Perdóname, si insentato
Quise en la naturaleza
Trazar con pincel ingrato
La imágen de tu belleza.

No de esas flores la gala
Vencer la tuya presume,
Su mas puro olor no iguala
Al suavísimo perfume
Que tu blanco seno exhala.

Sé que fué inútil mi anhelo :
Y en su tapizada alfombra
No tiene color el suelo,
Que á tu lado no sea sombra,
Porque eres la luz del cielo.

Mas, como en luciente prisma
Quiebra el sol sus resplandores,
Así en un ramo de flores
Podras mirar de tí misma
La luz partida en colores.

LA AUSENCIA.

Feliz el que humedece
Con amoroso llanto su mejilla,
Y al seno amante su cabeza humilla,
Cual la flor se adormece
En los brazos del aura, que la mece.

Feliz quien saborea
Las dichas del amor, y en su embeleso
Siente bullir el apretado beso,
Y su hálito le orea,
Y humedo entre sus labios juguetea.

Y salta, y le provoca
A dar dulce mansion á los amores,
Que deshojando allí nacientes flores
Disipan en su boca
Las blandas perlas, que anhelante toca.

¿A dónde huísteis bellas
Imágenes de amor y de hermosura?
¡Cuanto efluvio de luz y de ternura
Dulcísimas estrellas,
Daban al corazon, que iba en pos de ellas!

¿Do están sus rayos de oro,
Que al traves de la lobrega espesura
Limpios brillaban, y á la fuente pura
De mi inocente lloro
Mezclaban su riquísimo tesoro?

¡O tú, hermosa, que un dia
Tuve estrechada en mis amantes brazos,
Cuando, al romper tan venturosos lazos,
Huiste el alma mia,
Contigo fué el placer y la alegría!

¿Porqué, blanca paloma,
Sin posarte en el árbol lo regalas?
Si, al levantar tus cariñosas alas
Llevándote su aroma,
Inútil tronco al suelo se desploma?

¿No sabes, amor mio,
Que trocaste mis dichas en enojos,
Y seco el corazon, tristes los ojos
Están sin tu rocio,
Como noche sin brisa en el estío?

El encanto deshecho
De tantas y tan dulces emociones,
Fácil huyóla nube de ilusiones,
Y fijos en el techo
Insomnio y soledad cercan mi lecho.

EN EL ALBUM

DE LA Sª DE S.

Cuando al mirar este libro
Me pongo á pensar, señora,
Que vuestros ojos divinos
Han de recorrer sus hojas,
Turbada la mente apenas
Verter sus conceptos osa,
Ni osa escribirlos la mano,
Ni pronunciarlos la boca.
Que han de parecer mis versos
A esa luz abrasadora,
Lo que á los rayos del sol
Seca y morada amapola.

Porque tan vivo es el fuego,
Que en sus niñas se atesora,
Y por los humedos cercos
Mal comprimido rebosa,
Que, al mirarlos tan ardientes,
Hay quien dice sin lisonja,
Que es el sol vuestro galan,
Y con tal fé os enamora,
Que, al pasar cada mañana
Las puertas de vuestra alcoba,
Hace ofrenda á vuestros ojos
Con los rayos de la aurora.
Y yo digo, que tal vez
Cuando la callada sombra
Tiende su velo en la tierra,
En sueño el mundo reposa,
Y desprendida del cuerpo
El alma su vuelo toma
De ensueños y de visiones
A la region misteriosa,
Vos en éxtasis divino
Llegásteis á donde brota
El manantial de la luz,
Que es del Hacedor corona,

Y allí robásteis el brillo,
Que vuestra frente arrebola.
Y no es exageracion
De la fantasía loca
Suponer que habeis llegado
A la celeste aureola,
Porque los ángeles mismos,
Que dan al Eden custodía,
Al llegar vos á las puertas
De aquella mansion de gloria,
Os la abririan engañados
Por vuestra imágen hermosa,
Creyendo erais serafin
Velado en humana forma.
Por eso de vuestros ojos
La mirada abrasadora,
Cuando deslumbra la vista,
El corazon enamora.
Y aun mas á mi parecer
Su origen celeste abona,
Saber que quien llega á verlos
Para siempre los adora.

TAYLOR INST. OXFORD

EN EL ALBUM

DE Dª DOLORES PERINAT DE PACHECO.

Ninfa de Andalucia, en cuya frente
Suave se pinta su apacible cielo,
Tú, que moraste en su esmaltado suelo,
Como en fresco jardin celeste Hourí.

Cuando el Betis divino en su corriente
Vió tu rostro brillar la vez primera,
Por cada flor, que adorna su ribera,
Quiso una gracia reflejar en tí.

Luego un mortal, que mereció esas gracias,
Robó el beso primero á tu hermosura,
Se embriagó de tu pecho en la ternura,
Y fué dueño feliz de tu beldad.

A nosotros quedó para consuelo,
Ya que á tu amor nos arrancó el destino,
Buscar en ese rostro peregrino
Un dulce sentimiento de amistad.

¡Ojalá fuese eterno! y ya que el hado
En el cielo andaluz fijó tu estrella,
Dando á tus ojos de su lumbre bella
El mas puro y espléndido arrebol,

El Señor, que juzgo digno aquel cielo
De animar tus encantos con su hechizo,
Ya que radiante como el sol te hizo,
Te hiciera eterna, como el mismo sol.

LA MUERTE DE LUIS XVI.

I

Oigo el redoble, que los aires hiere
De cien y cien tambores,
Y miro desplegarse los colores
De las banderas que la brisa ondea;
¿A quién tantos honores?
¿Es acaso algun Rey que se pasea?
No, que es un Rey, que muere.

Muere; la mano de Dios
Puso con ira tremenda
Al Rey, y al pueblo una venda
Por castigar á los dos.

¡Ay! fué su solio bajel
Que, sin poderlo evitar,
Encontró siempre la mar
Encrespada en torno de él.

Cuando arreció el huracán,
En brazos de la esperanza
Soñando paz y bonanza,
Se adormeció el capitan.

Ola sangrienta cubrió
De roja espuma su lecho,
Y el mar su buque deshecho
En mil pedazos tragó.

Por salvarlos combatir
Intentó despues en vano,
Y solo pudo su mano
Bendecirlos al morir.

II

Triunfas ya, pueblo frances,
Y á tu violento empuje
Saltan del trono, que cruje,
Los pedazos à tus piés.

Mas tu furor no se sacia
Con los despojos del trono,
Y no respeta tu encono
Del vencido la desgrácia.

Tu encarnizada fiereza
Ni transije, ni perdona:
No te basta su corona
Quieres tambien su cabeza.

Mas no fué su error un crímen,
Aunque tus sangrientas manos
La señal de los tiranos
En su noble frente imprimen.

Jamas, pueblo soberano,
Pese á tu iracunda ley
Pasó por crímen ser rey,
Siempre lo fué ser tirano.

Jamas escribió el destino
De un pueblo libre las leyes
Con la sangre de sus reyes
Y el puñal de un asesino.

No da tan amargo jugo
La libertad que proclamas,
Ni reverdecen sus ramas
Cuando las poda el verdugo,

Que ese árbol de frutos de oro,
Para darlos sazonados,
Quiere sangre de soldados,
No de víctimas el lloro.

Y por eso la arrogancia
De tus héroes en Argona
Tejió brillante corona
Para las sienes de Francia.

¿Y tú, que hacias entretanto,
Pueblo ingrato? noche y dia
Respirar en torpe orgía
Vapores de sangre y llanto.

Pero pronto tu vileza
Se convirtió en luto triste,
Y la sangre que vertiste,
Cayó sobre tu cabeza.

III

Y tú, Rey tan desdichado
Que halló en su trono un suplicio,
A sublime sacrificio
Por el cielo destinado.

Vastago regio de Francia,
Noble y malogrado lirio,
Que exhalaste en el martirio
Tan delicada fragancia.

Sobre el cual sin compasion,
Despedazando su tallo,
Desenfrenado caballo
Pasó la revolucion,

Dejando en tu frente pura,
Desventurado monarca,
Impresa en sangre la marca
De su caliente herradura.

Fuiste faro en la tormenta,
Y del trono en la montaña
Luciste, hasta que la saña
Del mar te apagó violenta.

Y fué tu suerte infeliz
En la borrasca agitada
Ser la aurora ensangrentada
Del claro sol de Austerliz.

LAS RUINAS DE MERIDA.

Ceñida de flores tu frente orgullosa
Cæsarea colonia, aquí se elevó;
Si fuiste algun dia galana y hermosa,
El tiempo tus galas en polvo trocó.

Las altas columnas del templo, Diana,
Que alzara á tu nombre de Roma el poder,
Los arcos, que besa humilde Guadiana
Nos muestran que hubo un Merida ayer.

Hoy solo en los aires vagando tu nombre
Envuelto en recuerdos de gloria y dolor
Quedó de tu pompa, y atónito el hombre
Contempla esas ruinas con mudo estupor.

Y ve revolcarse inmundos pastores
Donde antes los héroes venian á orar,
Y nuevas creencias, y nuevos señores
Del haz de los siglos al mundo brotar.

Ya se apagó tu mirada,
Y ya no brilla insolente
Al rayo del sol tu frente
Con ricas joyas ornada,
Merida la celebrada.

Solo un circo derruido,
Y un mosaico carcomido
Son triste y glorioso emblema
De que tu frente has ceñido
Con imperial diadema.

Y un añoso monumento (1)
Por las lluvias azotado,
En cuyo abierto costado
Tropieza al pasar el viento,
Dejándolo maltratado.

Mancha con su sombra oscura
A un arroyo perezoso,
Que á su alrededor murmura,
Y parece abierto foso,
Que le sirve de cintura.

Silencioso, triste y quieto
Se destaca en el espacio
Como un armado esqueleto
Que vigila con respeto
Las ruinas de tu palacio.

Y tan grave es el reposo
De esa mole ennegrecida,
Su aspecto tan prodigioso,

(1) Restos de un aqueducto romano.

Que el vulgo supersticioso
« Los Milagros » la apellida.

Esas joyas, Señora, que el Romano,
En sus dias de amor ciñó á tu frente,
El tiempo las deshizo en polvo vano,
Y las llevó en arenas su corriente.
Reliquias de tu gloria,
Que desde el polvo, donde están caidas
Adulan lisonjeras tu memoria,
Letras ya carcomidas
De una inscripcion sobre gastada losa,
Que el hombre con trabajo deletrea,
Y hasta llega á dudar, que aquello sea
El recuerdo de una época gloriosa.

Vaso de oro cincelado
Do grabó con formas puras
Sus mas graciosas figuras
Un buril tan delicado.

Joya de tanto valor,
Que apenas tuvo rival
En el tesoro imperial,
¿Qué se hizo de tu esplendor?

Eres urna cineraria
Del poder de un grande imperio,
Y publicas el misterio
De nuestra fortuna varia

En esos restos de gloria,
Que duda el hombre, si son
Un elogio ó un baldon
En el libro de tu historia.

Elogio, porque brillar
Supiste con la opulencia,
Baldon, porque tu indolencia
No la supo conservar.

Duerme, ciudad olvidada,
Y dé á tu cansado pecho

Guadiana en sus ondas lecho,
Y en sus arenas almohada.

Descansa, envuelta la faz
En tu manto carcomido;
El tiempo traé el olvido,
Pero tambien traé la paz.

A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO POETA

DON JOSE ESPRONCEDA.

Yace aquí tronco yerto, y deshojado
El árbol, cuyas ramas algun dia
Fecundó con su soplo regalado
El aura de la dulce poesía.
Postróle en tierra con envidia el hado,
Sin piedad consumió su lozanía,
Pero su fruto en nuestras almas queda
Para lustre del nombre de Espronceda.

¡Espronceda! poeta esclarecido,
En quien brilló con llama peregrina
De la celeste aureola desprendido
Rayo feliz de inspiracion divina.
No lograrán las aguas del olvido
Enturbiar la corriente cristalina,
Que lleva de su nombre la memoria
Por los floridos campos de la gloria.

Creció su juventud cual noble palma
Espuesta á el huracán de las pasiones,
Ansió el combate, y desdeñó la calma,
Buscando con afán las emociones.
Mas luego que á pedazos de su alma
Cayeron con dolor las ilusiones
El ardor se templó de su entusiasmo
Con la helada sonrisa del sarcasmo.

Quiso probarlo todo en la existencia;
La suave miel, y la ponzoña hirviente
Destilaron el jugo de su esencia
Sobre aquel corazon noble y ardiente.

En vano de finjida indiferencia
Vistió ante el mundo la altanera frente,
La lucha que trabó consigo mismo
Nunca, dió la victoria á el egoismo.

Nunca, y si alguna vez cayó en el cieno,
Que encubre del deleite el precipicio,
Si á sus labios sedientos el veneno
Alguna vez llegó del torpe vicio,
Purificó su mancillado seno
La noble abnegacion del sacrificio
Al fuego del amor puro y ardiente
Luz y calor del corazon que siente.

El, de la caridad á los altares
Llevó en silencio con amor su ofrenda,
Consoló al desgraciado en los pesares,
Ayudó al desvalido en la contienda,
Esforzó de la suerte en los azares,
Y de la gloria iluminó en la senda,
Dando su genio el resplandor mas claro,
A jóvenes sin fama, y sin amparo.

De su amistad el celo fervoroso
Fué igual en el dolor, y en la alegría,
Enemigo leal, y generoso
Ni aun pudo concebir la hipocresía;
Cuando su rostro audaz y desdeñoso
Ostentaba el desprecio y la ironía,
Bastaba una mirada de cariño
Para darle el candor de incauto niño,

Tal fué el claro poeta, á quien retrata
La envidia con colores mas sombrios,
Y á quien no perdonó la turba ingrata
De su altivo carácter los desvios;
Al cantor de Pelayo y del Pirata
No supo tolerar los estravios,
Que, viniendo de origen menos puro,
En silencio tolera al hombre oscuro.

Mas no del odio consiguió el aliento
Secar aquella tinta generosa,
Que á su pluma prestaba el sentimiento,
Y en sus brillantes páginas rebosa

Al fecundo calor del pensamiento;
Que son los rayos de la luz hermosa
Emanacion del sol, que Dios enciende,
Y deslumbran al mismo que la ofende.

EL EGOISMO.

Arbol, cuyas raices infecundas
Secan del corazon el noble jugo,
Y de sucio vapor el alma inundas,
De tu madera vil se labra el yugo,
Que la vista del hombre al suelo inclina.
    Creces sobre la ruina
De todo lo que es grande y generoso;
Te da en aguas inmundas la piscina

Su riego ponzoñozo,
Y con tu fruto amargo
Prometiendo reposo, das letargo.

Jamas de la emocion el llanto puro
Vertió la blanda lluvia del rocio
Sobre tu tronco duro;
Jamas dieron las flores
Matiz de tu corteza al corcho frio;
Ni, gorgeando amores,
Bajo tu sombra las pintadas aves
Hicieron de tus hojas blandas camas,
Ni con alientos suaves
El aura del amor meció tus ramas.

¡Amor y abnegacion! sublimes fuentes,
Que en el esteril suelo
Derramais á torrentes
De regalados frutos la abundancia,
Levantando hasta el cielo
En nube transparente la fragancia
De exquisitos aromas,

Dulcísimas palomas
De enamorados ojos,
Volad sobre la tierra sumergida
En aguas cenagosas,
Decidnos, si es venida
La luz, que ha de trocar en frescas rosas
Los aridos abrojos,
Si ilumina en el cielo
La ardiente caridad con viva llama
Otro arco de esperanza, y de consuelo.
De la frondosa oliva verde rama
Traed en vuestro pico, y sea el presagio,
A nuestras almas cierto,
De que aun en su naufragio
Podrá la humanidad hallar un puerto.

¿No sois hijas de un Dios, que al vil suplicio
Quiso llevar en sus divinos brazos
El ara de su propio sacrificio,
Que del pecado desató los lazos
Rompiendo de la muerte las cadenas,
Que devolvió con sangre de sus venas
El brillo y los colores

De la inocencia al marchitado lirio,
Que en olorosas flores
Las espinas trocó de su martirio,
El leño infame en victoriosa palma;
Y, al expirar su alma,
De una madre el dolor unió en el suelo
Al dolor de los ángeles del cielo?

Flor del calvario, que brotó entre lloro,
Que para todos tu perfume exhalas,
Riquísimo tesoro,
Que al opulento y al mendigo igualas;
Estrella de los mares,
El que canta sus penas, y el que llora
Sumido en los pesares,
Todos buscan tu luz consoladora,
Por que su débil barca no zozobre
De la afanosa vida en los azares.
En tu rayo amoroso
Tú das santa paciencia
Dulce resignacion al triste, al pobre,
Inspiras al feliz y al poderoso
La alma beneficencia,

Y por diversos modos
Esperanza y amor brindas á todos.

¿Quién disipó tu esencia, y tus colores
Desvaneció flor bella?
¿Quién escondió entre nubes tus fulgores
Resplandeciente estrella?
¡Ah! sois vosotros, maldecida raza,
Que entre la miel de mentirosa ciencia
Nos dísteis á beber en vuestra taza
Con la duda el deseo, y la impotencia.
Falsos encantadores,
Que del placer impuro ante las aras
Quisieron trasformar en frescas flores
Sus carcomidas varas,
Y en fuente cristalina y abundante
La calcinada roca.
Hicieron de la ciencia vil ramera,
Y en su rostro pusieron sucio afeite
Para el vulgo ignorante.
Le dijeron con lengua lisongera:
« Preparaos á gozar, que del deleite
La mejor parte os toca,

Vuestra es la tierra, disfrutad vosotros. »
Como si esas palabras en su boca
No quisieran decir « que sufran otros. »

¿Qué ofrecereis al mundo, cuando frio
Apague vuestro soplo el entusiasmo,
Y del cansado hastio
Entorpezca en los unos el marasmo
Los miembros ateridos,
Mientra otros anhelantes
Escuchen resonar en sus oidos
Del deseo los gritos incesantes,
Cuando la indiferencia
Cerrando el corazon de los humanos
No les deje aspirar en suave esencia
La dicha y el dolor de sus hermanos?

En pos del falso alhago
De esa luz sin calor fascinadora
La guerra destructora
Sembrando irá la ruina y el estrago,
Y la sangre, y el lloro haran del suelo

Con el fango del vicio hediondo lago.
Cual nube de langosta asoladora
Oscurece la luz del claro cielo,
Y en espeso tropel cunde, y se apiña
Dejando con su vuelo
Arrasada, y sin frutos la campiña.
Así la horda salvaje
En negros y apretados escuadrones
Derramará en la tierra su oleaje
Encrespado al furor de las pasiones.

Las nubes pasageras, que escondieron
Alguna vez, humanidad, tu gloria.
Y en sangriento vapor humedecieron
Las páginas mas tristes de tu historia,
Cuando, rotas las leyes,
No fueron mas que siervos, y tiranos
Los pueblos, y los reyes,
Unos de otros haciéndose el azote,
Esas nubes, que un sol resplandeciente
De civilizacion desvaneciera,
Seran, humanidad, tu triste lote;
Y no ya pasagera

La tormenta será, que permanente
El vapor pestilente
De enfermedad, y llanto, y sangre, y guerra
Atmósfera letal dará á la tierra.

Monstruo hecho de fealdad y de mentira
Reinará en ella, y con feroz encono
Dará á sús hijos afrentoso yugo,
Con los tizones de sangrienta pira
Fabricará su trono;
A sus piés la verdad, y la belleza
Entregarán al hacha del verdugo
Su pálida cabeza,
Será su corazon de dura roca,
Manarán las palabras de su boca
Inmunda baba, y asquerosa carie,
Su cuerpo vestirá de sucio barro,
Y uncidas á su carro
Irán la estupidez y la barbarie.

EN LA ORILLA DEL MAR.

ELEGIA.

Yo la perdí : mi corazon á oscuras
Quedó sin aquel rayo de consuelo,
Que daba con su luz en formas puras
Gala á la tierra, y trasparencia al cielo.

¿Qué me vale esa luna misteriosa,
Que el perfumado aliento de la brisa
Ni no refleja en su inocente risa
Ni hace ondear su cabellera hermosa?

Ya que me importa, o mar, que embravecida
Alzes tu ruda frente con despecho,
Sinó ha de haber quien en mi amante pecho
Busque un asilo de terror herida.

Que me importa que en soplos mas tranquilos
Meza el aura tu pálido plumaje,
Y deshecho en espumas tu oleaje
Del sol refracte los dorados hilos.

Era tan bella, ó Dios, tan inocente,
¡ Ah ! si acaso en tu seno la escondieras
Tú, que escuchaste mi cantar doliente,
A mis brazos, ó mar, la devolvieras.

Era mi bien, mi dicha, mi tesoro,
Luz de mis ojos, aire de mi vida
Aquel semblante, como nube de oro
Por los rayos del sol esclarecida.

Fresco como el rocio en la mañana,
Blanco como la espuma de los mares,
Dulce como la voz de los cantares,
Tierno como boton de flor temprana.

Recuerdo de dolor, que se desploma
Sobre este corazon, y lo sepulta;
Nube, quel el sol de mi esperanza oculta,
Flor marchitada, que perdió su aroma.

¡Recuerdo de dolor! jamas su frente,
Pálida luna, bañará tu rayo,
Ni su amorqso acento con desmayo
Recogerán las auras mansamente.

Tú, inmenso mar, que ruges á mi planta,
Si es cierto que una pálida hermosura
Tus olas avasalla, y su luz pura
Te humilla á su placer, ó te levanta,

Permita el cielo que en tus frescas ondas
Meza su imágen aromada brisa,
Y que en tu verde seno el rayo escondas
En que te manda angelical sonrisa.

Mas ¡ay! si alguna vez de nácar y oro
Alzas al cielo vaporosa nube,
O mar, mi llanto y mis suspiros sube
A la region que habite el bien, que lloro.

EN LA PLAYA DE CADIZ (1).

Sentado junto al mar, que en triste calma
Tiñe la luna con su brillo suave,
El rastro sigo de la blanca nave,
Que se pierde en la vaga inmensidad.

(1) Esta composicion fué escrita durante una enfermedad tan larga como dolorosa; el autor se habia trasladado desde Lisboa á Cádiz con el objeto de restablecer su salud.

Entónces siento estremecerse el alma,
Y nuevo mundo, y existencia ansio,
Que viniera á llenar este vacio
Y á dar vida á mi triste soledad.

¿Qué me valen la brisa, ni las flores,
Que perfuman tu suelo, Andalucia,
Si está quemando la existencia mia
El ponzoñoso aliento del dolor?
Que se pierda en tus verdes cenadores
La voz del trobador de los festines,
Y vagando despues por tus jardines
Empape el aura en cánticos de amor.

El sér dichoso, á quien bendijo el cielo
Dando calma á su pecho y sus sentidos,
Los sitios busque del amor queridos,
Que embellecieron su primera edad.
Viva feliz en su nativo suelo,
Quien gozó de una madre las caricias,
Y á quien brindó despues con sus delicias
El puro amor de angelical beldad.

No, quien halló en la senda de la vida
Por cada flor espinas á millares,
Y juguete fatal de los pesares
Puede aturdirse, pero no gozar.
Para quien tiene el alma dolorida,
Y enfermo el cuerpo de mortal marasmo
Ese cielo apacible es un sarcasmo,
Que su afliccion no acierta á soportar.

América sublime, quien pudiera
Mirar de tu feraz naturaleza,
El magestuoso cuadro, y la grandeza
Que á Dios le plugo derramar en tí.
Del Andes la gigante cordillera,
Del Niagara la hirviente catarata,
Cuyas espumas de cristal y plata
Salpica el sol con chispas de rubí.

Tus penachos de bosque, do impotente
Se estrella el viento, y quebrantado zumba,
Tus valles, en que el trueno se derrumba
Mezclándose al rugido del volcan.

Te quiero contemplar, cuando insolente
Te provoque la voz de la tormenta,
Y en lo alto de la roca cenicienta
Te excite con su grito el huracán.

Y si por fin la tempestad triunfante
Con sus alas de fuego te destroza,
El techo arranca de mi humilde choza,
Y troncha, cual tus palmas, mi laud.
Mi voz te cantará, como á la amante
Vírgen que de pasiones combatida
Siente en su corazon rota la vida
A impulsos de su misma juventud.

Quiero morir en tu fecundo suelo,
Que en vez de flores desigual ramage
Brota do quier, vegetacion salvage
Adorno de tu frente virginal.
Del sol colgado en pabellon tu cielo
Pule del monte las agrestes lomas,
Y del bucaro fresco los aromas
Da á tus selvas la lluvia tropical.

Fieras de voz, y formas diferentes
Habitan de tus bosques la espesura,
Y esmaltan de tus campos la verdura,
Pájaros de oro, insectos de safir.
De cien rios hinchadas las corrientes
Cortan, y fertilizan tu hemisferio,
Roban al mar sus naves, y su imperio
Pretenden orgullosas dividir.

Dejame disfrutar del vago encanto,
Que tu grandiosa soledad respira,
Y al libre gozo, que tu aliento inspira,
Se estremezca mi pecho de placer.
Dejame levantar mi rudo canto
Hasta la voz de Dios, que en tí resuena,
Y la impresion de tan sublime escena
Me enseñará su gloria á comprender.

Tal vez los rayos de tu fresca aurora
Den á mis ojos plácido beleño,
Y en ellos traiga compasivo el sueño
Blancas visiones de consuelo y paz,

Que engañen la constancia aterradora.
Con que el dolor mis miembros atormenta,
Y á mi angustiado espíritu presenta
De la muerte la imágen pertinaz.

Y, si es fuerza morir, solo te pido
En tus playas sin límites un lecho,
Donde pueda el suspiro de mi pecho
Unirse al grito del rugiente mar.
Tu ambiente por el cielo bendecido
Refrescará mi seca fantasía,
Y encontrará mi pecho en su agonía
Fortaleza y consuelo al expirar.

A S. M. LA REYNA

EL DIA QUE SE PRESENTO EN PUBLICO
POR PRIMERA VEZ
DESPUES DE LA TENTATIVA DE REGICIDIO COMETIDA
CONTRA SU AUGUSTA PERSONA.

SONETO.

Reyna Isabel, que por el noble Ibero
Fuiste en tu regia cuna bendecida,
Por la que dieron con placer su vida
Los héroes de Bilbao, y Cenicero.

Al grato aplauso de tu pueblo entero
La triste escena de terror olvida,
Cuando traidor vivraba el regicida
Contra tu seno maternal su acero.

De su orgullo feroz en el despecho,
Como no sabia amar, hizo un tirano
De la que todos su esperanza han hecho.

Nuestra sangre tambien vertió su mano,
Que, al clavarte el puñal, hirió en tu pecho
El corazon del pueblo castellano.

JUGUETES SATIRICOS.

A UN AMIGO MIO,

HOMBRE FRANCO, PERO DE MAL GENIO

SONETO.

En vano con indómita elocuencia
Por convencerme de tu error trabajas,
Son valor y franqueza dos alhajas,
Cuyo esmalte mas rico es la prudencia.

Me dices que te falta la paciencia,
Que tu carácter sincero rebajas,
Si al lucero del alba no le encajas,
Cuando tienes razon, una insolencia.

Defiende enorabuena lo que justo
Parezca á tu razon sin vil flaqueza,
Mas no con voz airada, y ceño adusto

Envuelvas entre insultos tu franqueza,
Que en la fruta mas rica ofende al gusto
El aspero sabor de la corteza.

EL PEDANTE.

¿Ves aquel ente estrambótico
Con apariencias de inválido,
En el rostro tan esquálido,
Y en el vestir tan exótico?

Pues es un numen poético
Con un saber tan insólito,
Que fuera á su lado acólito
El gran filosofo helvético.

Es su fuerte la retórica,
Y te encajará en sus pláticas
Un curso de matemáticas
Tratando de ciencia histórica.

Si le contradices ¡cascáras!
Te llama al instante vándalo
Y armará mayor escándalo,
Que hay en un baile de mascáras.

De su carrera escolástica
Sacando todos los títulos
Escribirá por capítulos
Una satira sarcástica.

Y con fieros monosílabos
Haciéndotela mas arida
Te aplicará una cantárida
De versos endecasílabos.

No ha mucho mandó á un periódico
Con citas de la ley sálica
Sobre las ruinas de Itálica
Un artículo espasmódico,

Y dos notas diplomáticas,
Viendo en situacion muy crítica
El comercio y la política
De las Ciudades Anseáticas.

Mide siempre por centímetros,
Llama al labrador agrónomo,
Al cura del pueblo ecónomo,
Y á las plazuelas perímetros.

La clara de huevo albumina,
Las ciencias morales Ética,
Y en hablando de poética
Cita el salmo *Super flumina*.

Es un prodigio en mecánica,
En filosofía ecléctica,
En historia, dialéctica,
Astronomía y botánica.

En la mas futil polémica,
De lo mas leve á propósito
Te echará encima un depósito
De erudicion académica.

A mí, que no soy flemático,
Y que amo el lenguage explícito,
Ese hombre me es antipático,
Le tengo por sabio ilícito;

Y, aunque hagan con voz unanime
Los bobos su panegírico,
Si no es su ciencia de empírico
Quiero quedarme aquí examine.

LETRILLAS.

I

Por las intrigas de Pedro
Me voy quedando en camisa,
Y él, apenas me divisa,
Viene á mis brazos volando,
Y me dice sollozando:
¡Cuanto tus desgracias siento!
Es mucho cuento.

Cuando de favor gozaba
Era yo un hombre muy sabio,
Y cuanto dijo mi labio
Fué de todos aplaudido;
Hoy dicen que me he perdido
Por falta de entendimiento
Es mucho cuento.

Aquel necio tan erguido
Con moza, palcos y coche,
Grande tertulia de noche,
Y favor no despreciado
No ha mucho que era criado
De un señoron opulento
Es mucho cuento.

Un ascenso en su carrera,
Que era de clavo pasado,
Tocó á Juan, y el confiado
Nada hizo: ¿y qué? ¿se le dió?
« ¡Señor, sinó lo pidió! »
¿Pues y su merecimiento?
Es mucho cuento.

No prueba Juan, si se ofrece,
Un bocado en la semana,
Y al convidarle doña Ana
Responde muy comedido,
Aunque estoy comprometido
Por usted solo consiento.
Es mucho cuento.

Yo bien sé que mi tijera
Podrá cortar de mi paño,
Y que tal vez en mi daño
Muevo el maldiciente pico,
Pero hay cosas, que ó crítico,
O de colera rebiento.
Es mucho cuento.

II

Cuando era pobre no ha un mes
Calabazas me dió Ines,
Ahora que tengo dinero
Amor me jura sincero;
¿Y seré tan majadero
Que me lo llegue á tragar?
No ha lugar.

Porque no puede el favor
Gozar de no sé que dama
Desventurado se llama
Antonio, y con gran fervor
Jura su amoroso ardor
En las ondas apagar.
No ha lugar.

Rico y potente señor
Don Federico de Vela,
Que mantiene carretela,
Y vive con esplendor,
Dice que envidia al pastor
Su pobre y tranquilo hogar.
No ha lugar.

Porque el pelo se ha teñido
Jura á los santos Alberto,
Que cuarenta no ha cumplido,
Y yo sé con dato cierto
Que por un tris no fué muerto
Atacando á Gibraltar.
No ha lugar.

Tierra donde yo no vea
Toros y hembras de raza,
Donde el sol es una oblea,
Y el cielo papel de estraza,
Donde todo le embaraza
Al que no puede gastar
No ha lugar.

Casa en que no caben dos,
Do estoy como mano en guante,
Iglesia de protestante,
En donde no se ve á Dios,
Es el cura un estudiante,
Y hace frio en el altar.
No ha lugar.

EPIGRAMAS.

I

Enamorado besaba
A la hermosa Curra Anton,
Ella besar le dejaba,
Y al mismo tiempo esclamaba,
¡Jesus, y que picaron!

II

AL AUTOR DE UNA MALA SATIRA

CONTRA UN MAL POETA.

Bien merece ser tratado
Con tan severo rigor
El infeliz escritor,
Que tu enojo ha provocado.
Pero otros menos culpables
¿En qué han podido pecar
Que los quieres castigar
Con versos tan detestables?
Pues él solo es el culpado,
Leeselos á él solamente,
Y no pague el inocente
La culpa del que ha pecado.

III

Aunque es un ignoranton,
Y cobarde ademas de eso
Un asiento en el Congreso
Obtuvo mi primo Anton.

Y bien ¿de tal arrogancia
Qué vino á sacar Antonio?
Dar público testimonio
De su miedo y su ignorancia.

IV

TRADUCIDO DEL FRANCES.

Predicaba un mendicante
Cierto dia en un villorio,
Y al reducido auditorio
Llamó necio é ignorante.
Lo oyó un chusco, y dijo asi:
« Padre, ya teneis razon
Diciendo al fin del sermon:
Hermanos, orad por mí. »

FIN.

INDICE.

Introduccion..... v
A D. Bartolome Muriel, dedicándole este tomo de poesías... 3
El Genio..... 5
El Anochecher..... 13
Reflexiones de un centinela la vispera del primer combate.. 21
Quejas..... 31
Roma..... 35
A Mlle ***..... 41
Fantasia, recuerdos..... 45
Historia de un pájaro..... 51
La Nube (soneto)..... 61
Al Convenio de Vergara..... 63

Traducciones de Anacreonte, I..... 69
— II..... 70
— III..... 71
— IV..... 73
— V..... 74
Invocacion de las Georgicas de Virgilio..... 77
A la Señora Dª de A. en sus dias..... 81
En el album de D***..... 83
Impresiones de una visita á Fontenebleau..... 85
Al Señor D. Manual Quintana (soneto)..... 95
La Vida (soneto)..... 97
La fuente..... 99
A la Señorita ***..... 107
Una pregunta y una respuesta..... 111
Voz del Alma..... 113
Soneto..... 115
Paráfrasis del salmo 103: *Benedic anima mea domino*..... 117
Meditacion..... 125
En la tumba de Enrique Gil..... 129
El Tiempo (soneto)..... 133
La Fortuna (soneto), imitacion de otro italiano..... 135
Versos escritos desde Madrid á la señora Mª de V. que se hallaba en Nápoles..... 137
A una recien casada..... 139
A Dª *** remitiéndole en sus dias un ramo de flores..... 143
La Ausencia..... 145
En el album de la Sª de S..... 149
En el album de Dª Dolores Perinat de Pacheco..... 153
La Muerte de Luis XVI..... 155

Las Ruinas de Merida..... 161
A la Memoria del malogrado D. Jose Espronceda..... 167
El Egoismo..... 173
En la orilla del mar (elegia).. 181
En la playa de Cádiz 185
A S. M. la Reyna (soneto) 191

JUGUETES SATIRICOS.

A un amigo mio, hombre franco, pero de mal genio (soneto). 195
El Pedante..... 197
Letrillas..... 201
Epigramas..... 206

TAYLORIAN INST. OXFORD

6167094

ENSAYOS

POETICOS

POR

D. F. DE LA VERA É ISLA FERNANDEZ

ENCARGADO DE NEGOCIOS DE S. M.

PRECEDIDOS

DE UNA INTRODUCCION EN VERSO

POR D. JOSÉ ZORRILLA

Vet. Span. III

PARIS

IMPRENTA DE PILLET FILS AINÉ

CALLE DE GRANDS-AUGUSTINS, 5.

1852

R.C